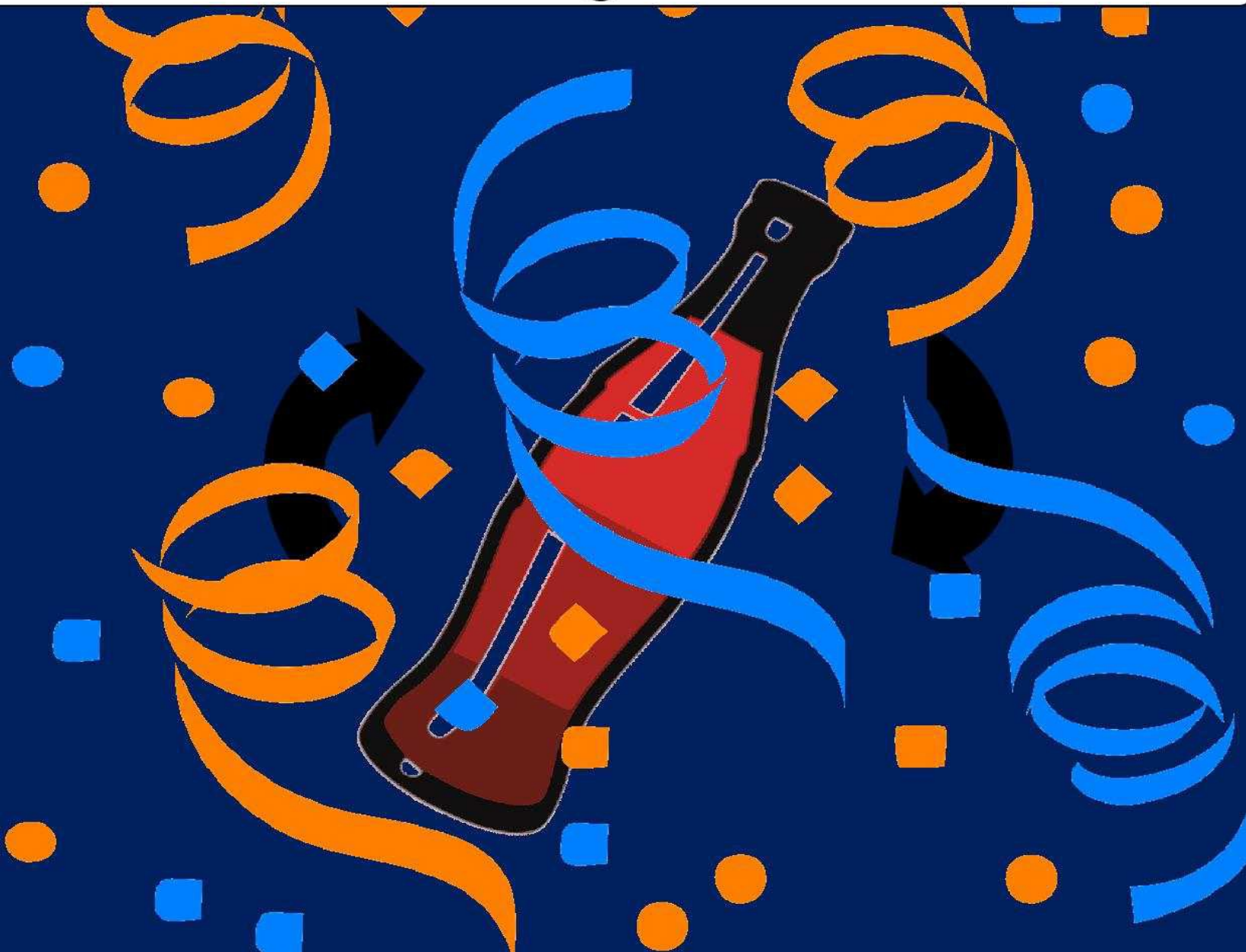




# LA BOTELLA DE LA ETIQUETA ROJA

LLORET & SIREROL



LA BOTELLA DE LA ETIQUETA

ROJA

LLORET & SIREROL

# LA BOTELLA DE LA ETIQUETA ROJA [Op. 24]

Licencia : *todos los derechos reservados* ©. Absolutamente todo el contenido de esta obra está protegido por el marco legal, que establece tanto penas de prisión como multas, además de las condignas indemnizaciones por daños y perjuicios ocasionados, para aquellos que reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, bien de forma parcial o íntegra, la presente obra literaria. Además, también queda terminantemente prohibida la transformación de su contenido, el falseamiento de la autoría y la comercialización ilícita de la presente obra. Por ende, la **INFRACCIÓN DE LOS DERECHOS** mencionados puede ser **constitutiva de delito contra la propiedad intelectual** (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

**Autor:** Carlos Lloret y Sirerol.

**Editorial:** *Galorant* editorial: G

**Edición:** 1<sup>a</sup>, autoeditado.

**Opus:** 24

**Foto portada:** libre de derechos de autor y sin necesidad de reconocimiento.

**Fecha:** 17/06/2019.

e-mail: [carloslls@hotmail.es](mailto:carloslls@hotmail.es)

## **SINOPSIS:**

Adrián “Adry” Rodríguez es un chico tímido que, contando tan solo con la compañía de dos amigos, detenta acrecentar su *status social* dentro de su clase, y está dispuesto a hacer cualquier cosa para lograr su objetivo. Empeinado en llevar a término exitosamente sus anhelos de ascender en una jerarquía que lo ha relegado al último de sus estratos, encontrará su esperadísima oportunidad en el aniversario María Sendra, la chica más guapa y deseada de su populosa clase. Siendo así, emprenderá su viaje en busca de una mejora de la aceptación que le prodigan sus renuentes compañeros.

Lloret & Sirerol (2019)

# LA BOTELLA DE LA ETIQUETA ROJA

# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

**M**aría Sendra, una niña de pelo castaño que hacía alarde de unos hipnóticos ojos azules celeste capaces de subyugar la voluntad de cualquiera de sus iguales, era la chica más guapa del aula de cuarto de primaria del Colegio Ambra, y ostentaba semejante posición, así como las ventajas que se derivaban de la misma, por acuerdo común de todos sus compañeros y compañeras. Si se reuniera a los integrantes de la referida clase en una misma habitación y, acto continuo, se les instara a dilucidar y exponer el conjunto de razones que justificaban la posición social y el culto que le rendían a la mencionada, les sería completamente imposible concretarlas por muchos esfuerzos que llevaran a cabo. Ítem más, *in extremis*, tampoco serían conscientes del momento temporal a partir del cual comenzaron a rendirle semejante pleitesía, tanto más cuanto que ello les resulta un asunto anodino y carente de importancia. Esto es, siendo fieles a los acontecimientos allí acaecidos, en la clase se había formado como por ensalmo una privilegiada élite social de la que solo unos pocos tenían el mérito de formar parte. Sergio Estévez, un chico rubio de carácter taimado y altanero que era capaz de exhibir una crueldad atroz para con aquellos que valoraba como sus inicuos inferiores, y Joanna Cenicienta, una muchacha también blonda que no le iba a la zaga al primero, eran los más fieles adláteres de María, y, tras tributarle de forma proactiva su eterna sumisión, creían formar parte del círculo olímpico del aula de primaria. El avieso triunvirato, encumbrado sin que nada justificara su ventajosa posición, no temía hacer alarde de su hercúlea influencia, y el resto de sus allegados parecían aceptarla sin poder hacer nada al respecto. La clase vivía bajo la férula de sus legitimados gobernantes, y a nadie parecía importarles

demasiado.

María, que es consciente del estrato social que detenta gracias a sus supuestos méritos, es una buena persona capaz de relacionarse con sus compañeros de forma cordial y solícita, pero con el fin de que su postura no sea mancillada se guarda muy bien de evitar a aquellos cuya ralea dista mucho de la suya. Es por ello que, cuando llegó la hora de planificar su cumpleaños, que se celebraría dentro de una semana, actividad que emprendió amparándose en los sapienciales consejos de su círculo más íntimo de amistades, se cercioró de que solo invitaba a las personas más populares de su clase, soslayando a cualquiera cuya valía pudiera ser puesta en duda. Por tanto, habiendo planificado los detalles de su fiesta de aniversario cual si se tratara de la ocasión más señalada de su corta vida, no estaba en franquía de algún «*pringado*» – pues tal era el calificativo del que hacían uso para referirse a sus inferiores – aguara sus regias pretensiones. No obstante, habiendo procedido de incógnito frente a sus padres, no fue capaz de preconizar que sus planes estallarían por los aires sin que nada pudiera hacerse por evitarlo.

Siendo así, detentando armar el máximo revuelo entre sus compañeros de clase con el fin de generar expectación, procedió del siguiente modo: dado que era conocedora del pupitre que ocupaban sus fieles acólitos, colocó en la bandeja inferior destinada a guardar objetos una tarjeta de invitación y, cuando todos se sentaron en su correspondiente sitio, se irguió con cierto donaire ante ellos pretextando que tenía un anuncio que hacer. La profesora, que no había sido informada de antemano de sus planes, en cierto sentido maquiavélicos puesto que había excluido a siete de las veinticinco personas de clase puesto que consideró que eran indignas de compartir con ella un momento tan íntimo, cuasi-espiritual, sencillamente se limitó a observar creyendo que la mejor forma de actuar era la inacción. Sus compañeros, a sabiendas de que tan



señalada fecha se acercaba, intercambiaron rápidas miradas de soslayo y risitas veladas, mientras trataban de hacer acopio de valor para contener con eficacia la palpable tensión que en ellos se gestaba. Ser invitado o no serlo era un claro indicador del status social que ocupaban, y cuantos allí estaban eran conscientes de ello.

María, abandonado de súbito su sitio y colocándose en el proscenio de la clase tras intercambiar una mirada de confianza con la profesora, que se limitó a asentir algo desconcertada ante la procaz actuación de su alumna, hizo el siguiente anuncio: *«Como ya sabéis se acerca el día más señalado del año, mi aniversario – matizó ante las posibles dudas –, y es por ello que quiero que muchos de vosotros acudáis este sábado a mi casa con el fin de celebrarlo todos juntos. Aquellos que hayáis tenido el privilegio de ser invitados podréis encontrar una tarjeta debajo de vuestras mesas. ¡Muchas gracias!»*. La audaz profesora, que no pretendía sino lo mejor para la suma de sus estudiantes, se apercibió al punto de la aleve artimaña, mas, como ya era tarde, se limitó a observar la escena sin intervenir a priori pero en franquía de atajar posibles accidentes. Los afortunados que encontraban una de las preciadísimas tarjetas en el sitio en que se les había indicado, conscientes de la dicha intrínseca al mero hecho de haber pasado semejante rasero, elevaban su trofeo en el aire de que todos lo pudieran contemplar, y los pocos que fueron desechados por la crueldad de María y de sus fieles adláteres lucían una mirada lastimera y gacha mientras trataban de pasar desapercibidos.

Así, en la esquina posterior izquierda de la clase, una niña morocha llamada Madeleine, que no ha sido invitada y cuyas mayores cualidades son la timidez y el melindre, trata de disimular sus lágrimas enjugándolas céleremente con un pañuelo de algodón blanco, y en el centro del patio de pupitres un chico contrahecho que luce un peinado desfasado por voluntad de su terca madre que responde al nombre de Francisco – o «Quico» para sus dos

únicos amigos – sigue dibujando con indiferencia sobre su libro de matemáticas sin haber molestado siquiera en comprobar si había sido o no afortunado. *In fine*, María del Mar Cayado, que es el objetivo de no pocas burlas por parte del resto de las chicas del curso por el sencillo hecho de que cierta vez tuvo piojos – episodio que no dejan de recordarle de forma incombustible y cansina –, celebra estruendosamente haber recibido la anhelada invitación a la fiesta convenciéndose de que sus abrojos han cejado, pero lo que no sabe es que ha recibido el pase porque pretenden burlarse de ella como parte de las atracciones de la deslumbrante fiesta. Cierta vez, por ejemplo, le hicieron creer por mero despecho que las nubes estaban hechas de algodón de azúcar blanco, y hoy día se siguen burlando de ella por haberles creído. El espectáculo, siendo necesario que den comienzo las clases diarias, acaba al poco no bien la profesora anuncia que ya es suficiente por el momento, pero durante las siguientes lecciones nadie será capaz de pensar en ninguna otra cosa.

Adrián Rodríguez, el aciago protagonista de nuestra patética historia, tampoco ha sido condecorado con la invaluable tarjeta, que bien podría haberse tratado de un pase de entrada al mismísimo paraíso celestial, empero, lejos de mostrarse afectado y plañidero por el rechazo sufrido, mantiene la compostura y observa a sus iguales. Con ciertas reticencias hacia aquellas personitas que albergaban la triste costumbre de meterse con él de tanto en cuando, contempla con curiosidad como muchos de ellos y ellas celebran con quijotesca afectación la ofrenda recibida y trata de distanciarse de los eventos que discurren en derredor de él, mas no por ello deja de anhelar secretamente el deseo de acudir a la fiesta. No puede asegurarlo con tanta certidumbre como le gustaría, pero se rumorea sibilinamente en los patios y después de las clases que, cuando los padres al cargo de vigilarles se retiren para inmiscuirse en sus propios asuntos – consistentes en cotillear sobre las últimas correrías de los

demás mientras desean que la fiesta se acabe pronto –, todos podrán jugar al famoso «*Juego de los siete minutos*». Como todo el mundo letrado en los asuntos infantiles sabe sin resquicios de duda, el mencionado entretenimiento consiste en encerrar a un chico y a una chica en un armario por lapso de siete minutos, a la espera de que pueda producirse algún contacto íntimo y prohibido entre ambos. Adrián – «*Adry*», con *y* griega, para sus dos únicos amigos, Ferrán, con quien comparte casi todas sus tan célebres como desdichadas aventuras, y el ya mencionado Quico – jamás ha besado a una chica, y de hecho el acto más tórrido que ha protagonizado con el otro sexo fue cogerle la mano a Aroa, una chica que le gustara hace años pero que se cambió de ciudad por motivos que era incapaz de recordar. Hacía tiempo que la había olvidado, aunque de vez en vez le asaltaran algunos difuminados recuerdos sobre su persona.

Desea con todas sus fuerzas poder apersonarse en el aniversario, y prestamente fragua un plan procaz e impensado para tratar de conseguirlo pese a las dificultades con las que pueda toparse. Justo al acabar las clases del día, y sin que nada puede hacerse por impedirselo, se levantará con rapidez y, sin preámbulo alguno, emboscará a María con el fin expreso de preguntarle si le presta su aquiescencia para acudir, pretextando que ella fue invitada a su aniversario pese a que no acudiera. Obcecado en perpetrar con éxito sus pretensiones con la esperanza de que presentarse al ya concertado esparcimiento mejore las opiniones que sus juiciosos compañeros mantienen sobre su humilde persona, pasa las siguientes clases puliendo el plan orquestado, y concluye que la mejor forma de proceder radica en seguirla con disimulo hasta la entrada y abordarla solo entonces, cuando se halle sola y apunto de marcharse hacia casa. Contento con la resolución tomada y valorándola como la más acertada de entre todas las plausibles, insume el tiempo restante, incluyendo el del patio mientras atiende parcialmente a una

conversa con su amigo Ferrán, eligiendo las palabras exactas que pretende utilizar. Llega a ser consciente – o así lo cree fehacientemente –, adscribiéndose al principio de la máxima parsimonia aun sin conocerlo, que la mejor forma de proceder es andarse sin rodeos y preguntárselo directamente de la forma más comedida posible, y, al remate, queda contento y expectante con su repensada vía de actuación.

A la una menos cinco del mediodía el puntual y estridente timbre anuncia el esperado fin de las clases, y Adry se dispone a llevar a término su pretencioso plan de acción. No obstante de que sigue con los ojos a María con el fin de cerciorarse de que sale sola, como suele hacer de habitual dado que su casa queda en el extrarradio, sus artimañas se frustran antes de haber sido descorchadas, y son dos los artífices del inesperado desbarajuste. No bien traspone la puerta de clase Sergio y Joanna le entrampan y le arrastran a un pasillo apartado arguyendo *in voce* que tienen algo importante que decirle, y él, azarado ante la presencia de aquel dúo despiadado, se deja arrastrar sin oponer la menor de las resistencias. Hallándose de tal modo, añaden que requieren de la mayor discreción, y lo obligan sin andarse con tentativas de sondear su voluntad a meterse en uno de los angostos baños, mas no se molestan en cerrar la puerta sabedores de que nadie deambulará por la zona en pro de entremeter sus non gratas narices. Una vez allí es el primero de ellos el que toma la palabra después de que sus manos se ciernan sobre el pobre inocente que se ha tornado en la víctima de sus fechorías:

– Apestoso – le espeta a sabiendas de que semejante mote lo desquicia sobremanera –, ¿has mirado bien debajo de tu mesa para asegurarte de que allí no hay nada? – masculla con una jactanciosa sonrisa lobuna entre dientes –.

– Ya sé que no me ha invitado, y seguramente sois vosotros los que le habéis intercedido en mi contra. Pero...

– ¿Interce-qué? – pregunta Joanna en tono alacre pero desconociendo por entero el significado de semejante palabra –. Mira, chaval, hazte a la idea de que tú no estás invitado.

– Insisto en que eso ya lo sé – contesta él franqueándose con sus amedrentadores –, pero quería hablar con ella para preguntarse, sencillamente, si me dejaría ir. Así que si me permitís...

– No te permitimos nada – repone Sergio tajantemente –. Que sepas que venimos de parte de María, y lo único que tienes que saber es que no eres bienvenido a la fiesta, así que ni se te ocurra dejarte caer haciéndote el enconradizo y diciendo que te has equivocado. ¿Te queda clarito? Tú no estás invitado.

Acto continuo estallan en risas contentos del éxito de sus malhadadas intenciones y, pretendiendo llevar el asunto hasta su mismísimo culmen, empujan a Adry con fuerza y lo lanzan de inmediato hacía atrás haciéndole trastabillar y caer entre el hueco del váter y de la pared. La bochornosa postura en la que queda atascado, medio apoyado en el retrete y con la espalda encastrada y con pocas posibilidades de desencajarse sin un desaforado esfuerzo, no consigue sino redoblar las ya de per se estruendosas risas de aquellos cuya única pretensión era humillarle. Después, creyendo que sus réprobos objetivos se han visto más que cumplidos, sencillamente, se retiran; aunque no sin comprobar que nadie ha espiado el presunto ajusticiamiento. Adrián es consciente de que todo aquello estaba minuciosamente planificado de antemano, y también sabe que es poco probable que aquellos dos que ya han abanado los urinarios procedieran sin haber informado prolijamente a aquella a la que le rendían máxima e incondicional pleitesía. Con alguna dificultad, pese a que requiere de muchos menos esfuerzos de los que estimara a priori, consigue desencajarse de la ignominiosa posición en la que se le

había dejado, y, abandonado todo ribete de esperanza de poder acudir a la celebérrima fiesta, inicia su vuelta a casa.

A lo largo del trayecto que lo separa de su hogar, y que siempre consigue recorrer en diez minutos aun cuando sus pasos sean pesarosos y aletargados, cavila silentemente sobre las posibilidades de actuación que aun puedan restarle, mas concluye que cada una de sus esperanzas ha quedado irremediabilmente dinamitada. Piensa, al final, habiendo meditado el asunto *in extenso* – o, al menos, tanto como sus cansados pensamientos se lo permiten –, que su posición en relación con los compañeros de clase no es peor de la que ocupara antes, y se autoconvence de que la próxima vez lo hará mejor. Tal y como le ha acaecido otras tantas veces, acaba preguntándose por qué a él, y no a cualquier otra persona, mas es incapaz de descascarillar una respuesta fidedigna que le satisfaga. Conforme se va acercando a su casa, cuyas conocidas formas se van delineando sinuosamente desde la lejanía, pasando de ser una mancha imprecisa a formas regulares y perfiladas con alto grado de detalle, siente que sus ojos se humedecen, y dos lágrimas plúmbeas nacido de su lancinante dolor amenazan con surcar su menudo rostro. Se dice a sí mismo, consciente de que en tanto cruce el umbral de casa se encontrará con su abnegada madre, que llorará con profusión cuando se halle en la ducha, empero, sabe que ello no va a acaecer. Se enjuga las lágrimas nacientes con la manga diestra de su camisa y, mientras avanza y reduce la corta distancia que le separa del portal, se promete a sí mismo que mañana sería un día mucho mejor.

**A**doleciendo de una puntualidad casi crónica – una costumbre medio-laudable que ha heredado de su respetable padre –, a las ocho y diez de la mañana Adry se encuentra en la cocina de su casa paladeando un generoso bol de leche con cereales en tanto contempla de soslayo una serie animada que ya ha visto cientos de veces. La noche le ha parecido hartamente dilatada, y sueños tumultuosos y entremezclados que ya no es capaz de recordar se sucedieron de un modo casi ininterrumpido, arredrándolo, y ahora siente una ligera pesantez en la parte anterior de la sien, como si alguien le hubiese propinado un duro golpe. Lo acaecido el día anterior no ha llegado a mellar su ya robustecido corazón, mas no deja de pensar cuan provechoso podría haberle sido ir a la fiesta en pro de trabar nuevas amistades con aquellos que formaban parte de su clase. Algo atribulado, no obstante, sospesa por última vez la posibilidad de volver a intentar hablar con María ya que, al fin y al cabo, solo consiguió hacerlo con sus dos adláteres, que no amparaban buenas intenciones hacia su persona. Acaba concluyendo que su fatídica empresa está condenada al estrepitoso fracaso en vista del truculento mensaje recibido el día anterior, y decide cejar en sus anhelos y concentrar sus energías en planificar un día divertido con Ferrán, quien seguro que se lo agradecerá sobremodo. Entre unas y otras divagaciones y teniendo por sonido de fondo la ignorada serie acaba su desayuno y, tras despedirse de sus padres y recoger su mochila, que siempre dejaba preparada con los libros y aperos del día siguiente antes de irse a dormir, parte hacia el colegio.

Cuando sale al portal de casa nota como el gélido relente de la noche aun no ha sido derrotado por los dorados rayos del Sol, mas, no

concediéndole la menor de las importancias y creyendo que no le será molesto, abandona el hogar. Durante el trayecto, que recorre con suma tranquilidad al disponer de un margen de tiempo más que suficiente, ya no le asaltan sus enrevesados planes para ganarse un pase a la fiesta, sino que se entretiene a sí mismo planificando pormenorizadamente su tarde, y se sorprende de la simpleza de sus pretensiones. Habiendo descansado después de la jornada en el colegio por lapso de una media hora, se sentaría a hacer los deberes que le encomendaran aquel mismo día – con independencia de que la siguiente clase de la materia en cuestión se sucediera la mañana siguiente o no – y, solo al punto les diera término, jugaría con su videoconsola. Últimamente insumía incontables horas entrampado por sus videojuegos, si bien, considerando que no tenía ninguna otra cosa que hacer a menos que engatusara a Ferrán – o quizá a Quico – para salir de casa, el hecho no parece importarle. No bien levanta la cabeza, abandonando por el momento sus solitarias elucubraciones, observa cuan cerca se halla de las blancas puertas del colegio y, dejando su mente en blanco, recorta a grandes zancadas el poco espacio que le resta.

Como de costumbre, es el primero en llegar – no solo de su clase sino del colegio casi por entero – y, no teniendo ninguna otra cosa que acometer, se apostea en uno de los flancos de la puerta, donde puede encontrar un asiento improvisado en un saliente de la pared, y ojea desapasionadamente el libro de medioambientales. Lee superficialmente la lección que les será impartida en la clase de hoy y, creyendo comprenderla con suma facilidad, pues habla de la energía eólica y de las ventajas e inconvenientes de la misma, comienza a subrayarla de forma maquinal. Entretanto, sin que él llegue a ser consciente de lo que ocurre alrededor, niños y niñas de todos los cursos van llegando en pequeñas oleadas y, hallándose en una situación similar a la suya, esto es, disponiendo de unos minutos hueros sin nada que hacer, charlan entre sí



despreocupadamente. Adry debe haberlos vistos centenares de veces, pero como jamás ha hablado con ninguno de ellos, y teniendo en cuenta, como colofón, que la inmensa mayoría son bastante más pequeños que él, se limita en seguir abandonado a sus propios menesteres. El Sol, que ya se levanta con todo su esplendor sobre las montañas, acaricia su rostro con el filo de sus rayos, y la ligera sensación de calor le resulta agradable.

Concentrando todas sus fuerzas, y presumiendo de una velocidad de lectura nada desdeñable, cuando se acerca la hora de entrar ha conseguido subrayar casi la mitad de la lección, y celebra en su interior la pequeña victoria. Pretende dilapidar el poco tiempo que le reste hasta que suene el estridente timbre que demarca la entrada a las clases en la misma actividad – con un poco de suerte, sumando los preciados minutos del primer patio, consiga acabar la lección entera –, pero una sombra se cierne sobre él: es María. Él levanta la vista y, cuando sus tímidos ojos se encuentran con los de aquella que lo observa con interés, el arrebol se adueña de sus hasta entonces níveas mejillas, y ella, consciente del influjo que ejercerse, se limita a esbozar una encorchetada sonrisa donde el garbo y cierta dosis de altivez se enlazan hasta confundirse. Al final, viendo que el matutino estudiante no desellará sus labios, es ella la que toma la palabra:

– Sé lo que pasó ayer después de las clases, y quiero que sepas que yo no tuve nada que ver – apunta con una voz que contiene cierta dosis de insinceridad –. Al final mi madre me ha dicho que invite a todo el mundo, y eso te incluye a ti y a tu amigo – apunta mientras le tiende dos de las preciadísimas tarjetas de invitación –. Dásela a él de mi parte cuando le veas, y así yo podré ocuparme del resto de personas. ¿Me harás el favor? Bueno, ya lo sabes. Adiós – añade después de una breve pausa –.

Durante la sucinta declaración, incapaz de hilvanar palabra alguna

pese a que sus dotes lingüísticas no son exiguas – aunque tampoco excepcionales –, permanece sepulcralmente callado mientras hace denodados esfuerzos por mantenerle la mirada y, cuando ella se marcha, permanece gélido cual carámbano. Solo después de que ella se retire hacia un destino incierto es capaz de bajar la mirada para escrutar lo que le ha sido entregado, y observa con placer su pase al paraíso terrenal. En él la cumpleañera ha adjuntado una dulce golosina pegada con una modesta tira de celo y, a pesar de que en el fondo piensa que todas las invitaciones la llevaban, no puede contener el impulso de sentirse especial. No vacila en sus intenciones y, habiéndose cerciorado de que nadie le espía, se coloca el dulce entre dientes, saboreando cada uno de sus matices. Por encima del rumor de las voces, el puntual timbre resuena con su acostumbrado furor, y, al punto las aceradas puertas del colegio se abren, el alumnado comienza a rebasarlas cansados ante el mero hecho de pensar en la jornada que les resta por delante. Adry se concede unos momentos extraordinarios para acomodar el libro utilizado en su condigno lugar, y mientras lo hace observa como María, ya acompañada por sus serviles secuaces, rebasa su posición sin dedicarle ni una sola mirada de soslayo. Al final, entra automáticamente en el recinto escolar, y cree sentirse afortunado pese a que ha sido convidado a la fiesta por mor de los mandatos de una madre honesta.

Las clases, que no son capaces de despertarle interés alguno y que considera como anodinas por el hecho de que aprobarlas solo dependerá de su capacidad de memorización, que no es poca, se suceden de forma ininterrumpida, y él las dedica a meditar sobre lo acontecido. Superado el empujón inicial tras haber recibido el anhelado pase, que llegó a enturbiar sus pensamientos más de lo que le habría gustado, la idea de que solo ha sido invitado por mera obligación resplandece en su mente con la lumbre de la fulgurante verdad. Ello le apena en cierto grado, puesto que, al igual que el

resto de sus compañeros de clase, soslayando, quizá, a la desafortunada María del Mar, le gustaría haber sido invitado en la primera ronda, pero al final se dice que, con independencia de los medios, ha logrado el fin que se proponía. En este sentido, podrá acudir al esperado acontecimiento y, una vez se encuentre entremezclado con sus compañeros en un ambiente propicio, podrá intentar hacer nuevos contactos que le sonsaquen de la situación en la que se halla encorsetado actualmente. Teme en su más íntimo fuero interno que, llegada la señalada fecha, algo le impida acudir, pero se convence que los vientos soplan a favor de su ya irremediablemente desplegado velamen. Pasadas un par de horas, que ocupan las clases de lengua y de plástica, suena el timbre que anuncia la llegada del primero de los descansos – el más largo de los dos de los que disponen –, y, recogidas sus cosas y dejadas ordenadamente en su mochila, que pende del respaldo de su correspondiente silla, toma su almuerzo y va directamente a buscar a su único amigo Ferrán – o «*Ferry*», como lo llama muchas veces de la forma más cariñosa y amigable que sea plausible –.

Sin andarse con inesperados circunloquios que demoren sus perentorias intenciones, le entrega a su amigo la invitación a la fiesta tras haberse cerciorado de que ninguna mirada incauta les observe, y le dedica una sincera sonrisa cuando lo hace. Su amigo, empero, se limita a recoger la tarjeta sin dejar transparentar el menor de los intereses y, de una forma desordenada e hiriente, mete la tarjeta completamente doblada y retorcida en uno de los bolsillos traseros de su pantalón vaquero. Adry observa el gesto dejando translucir cierta sensación de desdén, cual si su acompañante hubiese protagonizado una atroz felonía, no obstante, antes de que pueda reprobárselo, el aludido ya se halla hablando de otras cosas. Sus mundanas preocupaciones, que distan mucho de concentrarse en su ascenso social – un tema que no parece preocuparle en absoluto pese a la desventajosa posición que detenta

actualmente –, estriban en la duda de cuál será el próximo videojuego que piensa adquirir, pues existen dos que le tientan. Su padre le ha prometido que, de aprobar los dos siguientes exámenes que se le presenten, con independencia de la materia de que traten, le regalará a cambio de su esfuerzo una preciada joya de nuevo lanzamiento, y él ya da por sentado que en breve podrá paladear el fruto de su entrega. Adry le escucha tributándole la atención que le debe, y se pregunta internamente cuál sería la duración de su ulterior amistad si consiguiera hacer amigos en la venidera fiesta. Quiere a Ferrán y siente que su amor fraternal es totalmente correspondido, pero anhela ascender de posición tan presto como le es posible.

Entre unas y otras disertaciones, que se encadenan las unas con las otras sin que nada las interrumpa, llegan hasta el patio, y se arrinconan en su acostumbrado lugar, no muy lejos de la puerta de salida. Adry saca una manzana de una arrugada bolsa de plástico y, mientras la mordisquea sin interés, se dedica a observar el panorama que se le ofrece ante los ojos cual si pretendiera descascarillar algún misterio oculto. En lontananza, oyen como la inmensa mayoría de sus compañeros de clase corretean y braman alocadamente mientras persiguen una pelota traída por alguno de ellos – posiblemente o, mejor dicho, con toda posibilidad, de aquel que colgara o reventara la última tenida – ganosos de marcar gol en una portería en la que se arremolinan cinco porteros pertenecientes a partidos diferentes que discurren en paralelo. Las chicas, inclusive María, de las cuales solo unas pocas se aventuran a unirse al competitivo partido de fútbol, se arremolinan por sistema en uno de los córneres del campo, y desde allí algunas animan con vigor a los jugadores en tanto que la mayoría se entrega a la conversa. Aunque desde la lejanía, Adry las ve a la perfección, y siente curiosidad por aquella que, aun llevada por los mandatos de su madre, la ha invitado a acudir a su fiesta.

«¿Y si algún día llegara a ser mi novia?», se pregunta para sí mismo

mientras oye de fondo el incesante discursar de su compañero. Las posibilidades de que ello ocurriera son remotas – «¡una entre un millón!», exclama una voz indolente y atrevida desde el centro de sus pueriles pensamientos –, pero la existencia de una mera oportunidad le congratula. Se dice a sí mismo que sería una pareja excelente, y que juntos podrían ser dichosos durante mucho tiempo siempre y cuando terceros no intercedieran en su amorosa relación, si bien es consciente de que sus divagaciones son vanas. Sabe desde hace tiempo que la mejor forma de dejarse conducir en sus asuntos es tratando de ser realista, aunque de tanto en cuando es propenso a divagar largamente sobre hechos desnortados. Alguien que no es Ferrán toca su hombre, y, con esta simple acción, lo desraíza por de contado de sus infortunadas especulaciones sobre el devenir de los acontecimientos; es Quico quien, como de costumbre, se ha unido a ellos dos después de ir a hacer una somera visita a su madre – profesora en el jardín de infancia del colegio –.

– ¡Tío! – exclama Ferrán en su habitual tono informal – Hoy si que te lo has tomado con calma.

– Mi prima de Madrid viene a visitarnos unos días – repuso el interpelado con cierto grado de indiferencia ante la velada acusación en tanto se afanaba por desenrollar su almuerzo –, y tengo que ocuparme de ella porque es más pequeña que yo y puesto que mi hermana pasa de hacerlo... Bueno – añade resignado –, es lo que hay. ¿Alguna novedad?

– Pues sí – contesta el indeciso Ferrán – resulta que...

– ¿Vais a ir a la fiesta de María la próxima semana? – inquiera Adry consciente de que su amigo pretendía divagar otra vez sobre videojuegos, un tema que a él le interesaba en el fono pese a que ahora otras preocupaciones más acezantes le dominaban por entero –.

– Ni en broma, chaval – espeta Quico con altanería –. No me van esas

pijadas. ¿Eres consciente de que van a pasar de ti, verdad? Y eso si tienes mucha suerte.

– Yo tampoco voy, y lo mejor que podemos hacer es quedar en mi casa para jugar a algo – propone Ferrán alegre por su resolución –.

– Pues yo sí que pienso ir. Sí o sí – sentencia Adrián con firmeza pero sin ser capaz de disimular cierta vacilación en sus palabras –.

– ¿Acaso no recuerdas lo de la última vez, en el cumpleaños de Salvador? ¿Quieres que eso se repita? – pregunta Quico en tono lastimero, derivando inmediatamente la conversación hacia el tema que fuera interrumpido –.

Recordaba a la perfección – y no lo olvidaría llegada su adultez – lo acaecido en el mencionado aniversario y, en verdad, dado el cariz de las circunstancias, no albergaba la menor de las intenciones de que ello se repitiera. Sus amigos continuaron charlando de forma abstraída, y él, ajeno a lo que se decía e incapaz de concentrarse en ello por considerarlo nimio e insubstancial, siguió observando a las chicas de su clase mientras sus ojos se posaban voluntariosos sobre María. «*¿Y si algún día llegara a ser mi novia?*», volvió a repetir para sus adentros cual si aquello se hubiese trocado en una suerte de mantra. Por vez segunda volvió a llegar a las mismas conclusiones, y una caterva de sentimientos confusos anidaron de súbito en su sentido corazón. Durante unos efímeros momentos sintió que su enjuto cuerpo empequeñecía hasta casi desaparecer mas una mano fantasmagórica emergida de la nada consiguió sacarlo de su etéreo ensueño; era Quico nuevamente, y le habló del siguiente modo:

– Si te propusiera un plan mejor que ir a una fiesta en la que, si tienes mucha suerte, se limitarán a pasar olímpicamente de ti, ¿aceptarías?

– Supongo – repuso el interpelado con sincero desgano –.

– Genial, a veces piensas como una persona razonable; aunque solo en contadas ocasiones – vaciló, obteniendo una sonrisilla de confianza de Ferrán, que les escuchaba con atención –. Mira, si consigo endilgarle el cuidado de mi prima a mi hermana, y lo lograré aunque me vaya la vida en ello, nosotros podemos jugar a videojuegos toda la tarde. Sí, sé que esto es «*lo de siempre*» – matizó horquillando los dedos índice y corazón de entrambas manos en el aire –, pero conseguiré un nuevo juego este viernes. Si mis planes no fallan, eso sí.

– Y si yo me decido finalmente por el que mi padre me ha prometido, siempre y cuando apruebe los exámenes, ya serían dos. Cosa que sabrías si nos prestarás atención en vez de mirar al infinito – añadió Ferrán algo molesto ante el hecho de sentirse ignorado –.

– Mi vecino me ha prestado su mando viejo, y podremos jugar partidas dobles. ¿¡Qué te parece, chaval!?! – clamó sin molestarse en disimular su genuina excitación ante la tentativa –.

– No me apetece – contestó Adry exhibiendo una desacostumbrada parquedad de palabras –.

Ante la infame respuesta, que se mostraba displicente ante una extraordinaria oportunidad que no se presentaba todos los días, Quico se sintió harto frustrado, pero, justo cuando se disponía a sermonear a su compañero, éste fue salvado por la campana. Adrián se levantó de pronto cual si un relámpago lo hubiese fulgurado, y sin mediar más palabras que las antedichas se dirigió a directamente clase dando grandes zancadas. Sus dos fieles amigos, extrañados e incapaces de explicar semejante comportamiento, intercambiaron una mirada escrutadora y feroz, y Ferrán no pudo preterir la necesidad de hacer un comentario al respecto aprovechando la inesperada privacidad que se les había brindado sin solicitarla:

– Sabes tan bien como yo que la jugarreta que está pensando, sea la que sea, no le va a salir bien.

– Nosotros ya le hemos avisado – se excusó el requerido –. El resto depende de él.

Cuando llegó la clase de medioambientales, y gracias a que invirtió el segundo de los recreos en subrayar en silencio en tanto sus amigos seguían en sus trece, Adry no tenía nada que hacer más allá de filosofar sobre sus propios asuntos. El profesor, un hombre entregado a sus alumnos que sin duda desempeñaba su labor con pasión, anunció que invertiría la clase entera hablando sobre la energía eólica, y alumno supo entonces de cierto que tendría que entretenerse con algún nuevo asunto. Hallándose justo en la línea más directa de visión, pese a que se sintió irremediamente tentado, tuvo que desechar la posibilidad de avanzar las tareas de otras materias, y, no queriendo comenzar a desdeñar aquella última hora del día a causa del aburrimiento, se puso a subrayar lo que restaba de tema sin demasiado entusiasmo. Fue pasando las páginas como si se estuviera embebiendo con las palabras del profesor, y poco después ya había descorchado una nueva lección. Intentó leer el título: «Técnicas de regado sostenible en el Siglo XXI», pero en su cabeza una palabra en particular sonó asaz diferente: «Técnicas de *regalo* sostenible en el Siglo XXI». ¡Regalo! Tardó unos dilatados segundos en realizar las operaciones mentales que le fueron necesarias, mas al poco fue consciente de que había pasado por alto aquel detalle nuclear. Si pretendía presentarse en la fiesta con el afán de triunfar sobre los demás, ineluctablemente debería hacerlo cargando con el presente perfecto.

Aquel fundamental detalle, tan inherente a la propia situación que lo atenazaba, lo había pasado enteramente por alto, y el mero hecho de que se le



ocurriera de forma tan tardía le hizo sentir estúpido. Sin poder controlar una célere ráfaga de matraqueante ansiedad ante este nuevo lance, una miríada de opciones discurrió rápidamente ante sus ojos, pero ninguna de ellas, al menos a priori, se le presentó como la certera. Enclaustrado en sus propias divagaciones, pensó que aun disponía de un buen rato para devanarse la cabeza, empero, el esperado timbre que anunciaba el final de la jornada resonó por doquier al poco, desatando una reacción en cadena en los alumnos. Sin embargo de que el profesor seguía parloteando sobre la energía eólica, el alumnado comenzó a replegar sus aperos con presteza, y cuando no quiso darse cuenta ya se hallaba andando por la calle de camino a casa. «*El regalo... el regalo*», este pensamiento, reiterado cual si pretendiera acrisolar su más íntima esencia, se repetía en el cerco de sus ensimismamientos de forma ininterrumpida, y ninguna de las ideas que forjaba le parecía adecuada para complacer a la noble cumpleañera. Cuando el manto de la noche se cierne sobre el mundo, Adry sigue barrenándose la cabeza a ese respecto, y seguiría haciéndolo durante los siguientes días guiado por el longánimo objetivo de escoger la opción perfecta.

Los pocos días que restaban de semana se sucedieron sin novedades; dejando de lado, eso sí, la pequeña «*broma*» – tal era el término que solían utilizar – que le fue gastada durante la clase de inglés, y a la que vale la pena que le dediquemos unas sucintas palabras. Salvador Sendra, que compartía el apellido de María pero que no mantenía relación de parentesco alguna con ella, disfrutaba hostigando sin tasa a aquellos que, por diferentes motivos, no podían defenderse de sus bravuconadas. Tal que así, tanto aquellos que no tenían muchos amigos que dieran la cara por ellos como los que adolecían de un carácter demasiado tímido como para reivindicarse se convirtieron en sus víctimas, y Adry se enclavaba en el primer grupo.

Salva – como lo llamaba todo el mundo por petición propia – se sentaba justo de tras de él, y jamás desaprovecharía esa posición tan ventajosa que se le había adscrito azarosamente. Durante la clase de «*Ética y civismo*», por paradójico que pueda sonar, aprovechó la invaluable ocasión para sustraerle de forma subrepticia de la mochila la libreta con los deberes hechos de lengua inglesa con el mero afán de copiárselos. Sin embargo, viendo que se había apoderado de ellos con tantísima facilidad, decidió acometer dos tareas a la par en vez de una sola, y se los ocultó después de calcarlos de forma facsimilar sin molestarse en comprobar si estaban bien o mal; limitándose a copiar de forma maquinal e inopinada.

Llegada la clase de inglés, la profesora, leal a sus inmarchitables hábitos, principia la sesión haciendo que todos y cada uno de los alumnos pasen sistemáticamente por su pupitre para mostrarle las actividades resueltas,

y todo el mundo procede con pulcra resignación. Aquellos que han cumplido con lo que les fuera encomendado el día anterior acuden a ella con la cabeza alta y deseosos de recibir el preciado parabién, y los que no han llevado a término sus obligaciones ofrecen un pretexto sin levantarse de su pupitre y se resignan a recibir un negativo – Quico entre ellos –. No bien se acerca el turno de Adry, se voltea con immaculada parsimonia con el fin de alcanzar sus ejercicios, mas comprueba con desazón que no se hallan en su correspondiente sitio de la mochila. Cree haberlos puesto allí la noche anterior, pero al final duda de ello mientras la maestra sigue avanzando metódicamente por entre los nombres de la lista. Una tímida lágrima se asoma en sus vítreos ojos, mas consigue reprimirla al punto mientras se prepara a excusar su olvido. No se fija en aquel que se sienta justo detrás de su persona, y el perpetrador de la chanza ríe entre dientes ante la inminencia de su invicto y absoluto éxito.

Adry es llamado por su nombre completo con voz monótona y, para sorpresa de todos, pretexto con sinceridad que, a pesar de que completó sus tareas, las ha olvidado en casa. La profesora, no menos sorprendida que sus alumnos, se limita a hacer un abnegado mohín con la cabeza, y al punto ya ha anotado el punto negativo y prosigue con su labor. Una nueva lágrima, más decidida que la anterior, prorrumpe en sus ojos, y al fin se acaba deslizando en silencio por las sinuosidades de su rostro contraído. Reprime con sumo éxito las ganas de plorar que le asaltan y, disponiendo de sus libros de texto, que coloca con cuidado sobre la superficie del pupitre, se limita a perder su mirada en la vacuidad. La lección diaria empieza poco después con la manida recitación memorística de los verbos irregulares, y solo entonces la verdad le es revelada. Una mano segura y amenazante golpea su hombre derecho, y al punto se gira a sabiendas de la identidad de aquel quien lo reclama. Observa con desazón como su hostigador le tiende la libreta con sus deberes hechos mientras exhibe una sonrisa ancha y lobuna como símbolo de su innegable

victoria, y el muy truhán le limita a pretextar sin pretender ser creído que se la ha encontrado en el suelo, justo delante de él. Al final de la clase, tras haber morigerado sus ánimos con no poco esfuerzo, Adry acude a la profesora alegando que había perdido la libreta entre las demás que traía, y ella, reconociendo el yerro como algo carente de malas intenciones, le retira el punto negativo en el acto. Sus immaculadas notas quedan libres del encono que se había cernido sobre ellas, pero la angustia por Salva infligida deja una mella más en su sentido corazón.

**E**l esperado fin de semana llega con celeridad rampante, y cuando Adry quiere darse cuenta ya es sábado por la mañana. La tarde del día anterior, aguijado por la necesidad de disponer de máxima libertad al día siguiente para encargarse sin más demoras de una tarea que ha venido postergando hasta entonces, insume todo su tiempo ultimando los deberes, y sus dos amigos lamentan carecer de su compañía. Sus entregados padres, preocupados ante una conducta tan abnegada que no tardan en detectar, le preguntan al respecto, y él solo pretexta que pretende descansar sin tasa los dos días siguientes. Mientras trabaja iridiscentes fantasías se adueñan a veces del hilo conductor de sus pensamientos y, no pudiendo hacer sino muy poco por evitarlo, muchas veces se deja arrastrar por ellas. Ilusionado y sin excesivo tino, es a saber, dejándose llevar por sus más íntimos anhelos, cree que la fiesta le proporcionará la impar oportunidad de ascender un eslabón – quizá dos –, mas algo en su interior le susurra que ello no será tan fácil como valora. Al final, El viernes por la noche siente que está muy nervioso ante la inminencia de la fiesta, que se celebrará el martes próximo, y solo consigue dormir cinco escasas horas.

Arrellanado en la cama tras despertarse a las cuatro de la mañana, varias preguntas le asaltan, y, antes de levantarse, siente la indomeñable necesidad de bosquejar una respuesta para cada una de ellas. *¿En el remoto caso de que consiguiera amistarse con alguna persona de un status superior – como por ejemplo sería Víctor Sánchez, un popular jugador de fútbol que, si bien no era su amigo, siempre le trataba con mucha amabilidad –, qué sería de Quico y Ferrán?* La cuestión, que le asesta un golpe en el sí más íntimo de sus

divagaciones, le conturba sobremodo, pero se dice a sí mismo que siempre podrá seguir yendo con ellos si lo hace a escondidas. Además, teniendo en cuenta el meteórico encumbramiento que detenta protagonizar en breve, es infranqueable que acabe ampliando su círculo de amigos, y ello le proporcionará nuevas opciones a la hora de escoger. *¿Y si, no obstante de sus intenciones, algo acababa saliendo mal en la fiesta?* En el poco probable caso de que ocurriera tal – se decía a sí mismos despreciando sus antecedentes –, sus dos amigos no le fallarían, y entonces, con independencia de lo allí acontecido, la situación actual permanecería inamovible. Adry no es consciente, empero, de que rechaza y ampara a sus amigos a la vez, y semejante antonimia le pasa desapercibida. La realidad es que quiere a sus dos amigos de forma incondicional, aunque también desea fervientemente ser aceptado por sus demás compañeros, que usualmente le rechazan.

*¿Cómo actuaría si le invitaban a jugar a «Los siete minutos»?* En el caso de que ello acaeciera, y todos los rumores al respecto así lo indicaban, se limitaría a mostrarse caballeroso y comedido con la chica que tuviera la suerte (o quizá la desgracia, se dijo convertido en títere de su baja autoestima), y, una vez encerrados en el angosto y lóbrego espacio, dejaría que fuera ella quien llevara la iniciativa. Ítem más, en el caso de que la situación comenzara a torcerse, sencillamente se limitaría a sacar a colación un tema de conversación que les pudiera interesar a los dos, invitándola así a pasar un buen rato con su persona. Cuando pensaba en sí mismo, arrastrado por la literatura épica que por entonces le cautivaba, se veía como un gentil caballero, y por nada del mundo dejaría que su pundonor fuera cuestionado. Se dijo a sí mismo que, bajo ninguna circunstancia, se abalanzaría sobre ella, y más teniendo en cuenta que no sabía besar. Esta última consideración, que lo catapultó hasta un estado de semicatatónia, le hace pensar en la desbarajustada posibilidad de que la cumpleañosera, bien por ensalmo o bien por iniciativa

propia, se encierre con él en el armario, y el improbable escenario hace que su cuerpecito se electrice cuan largo era. Recuerda que una vez, hace un tiempo incierto, soñó vívidamente que ella le tomaba la mano con galanura, y él quedaba embelesado ante semejante portento. No obstante, *¿y si para embromarse con él lo encerraban con Mar?* En susodicho caso, se negaría a entrar con ella, y si nada podía hacer por evitar verse en semejante tesitura, se limitaría a mantener la distancia una vez encerrado y a charlar sin tasa para evitar malentendidos.

*In fine*, cuando la hora de levantarse ya es prácticamente inminente (el despertador marca las siete y cuarto de la mañana, lo que le confiere solo quince minutos más), una cuestión toral que hasta entonces solo había translucido de forma parcial brilla con fulgor, *¿cuál es su plan de acción para la fiesta?* Ante esta incógnita fundamental, baja la vista como si tratara de agolpar fuerza mental, y, habiéndose frotado los ojos en pro de despertarse del todo, comienza a orquestar prolijamente sus posteriores intenciones. Se vestirá con sus mejores galas – unos pantalones vaqueros y una camisa de botones de un blanco immaculado –, y tratará de ser puntual, aunque no demasiado. Una vez en la fiesta, a la que acudirá, por tanto, cuando ya se haya apersonado una notoria cantidad de concurrentes, dejará su regalo con disimulo en la mesa habilitada para tal fin – una costumbre americana que muchos han comenzado a imitar – y tratará de integrarse. Sabe, puesto que sus dos mejores aliados han rechazado diametralmente la invitación al sospesar el evento como desaborido, que la posibilidad de que nadie se muestre solícito con su persona es palpable, pero componérselas para que ello no sea un problema. Con garbo y disimulo a la vez, se apostará en alguno de los grupos que se formen de modo natural – por ejemplo en aquel en el que esté Víctor –, y tratará de integrarse sin que su presencia sea inmediatamente rechazada. Sea como fuere, y con independencia del decurso de los acontecimientos, que solo entonces

podría descubrir, pretende forjar nuevas amistades, y está decidido a hacer cuanto sea necesario para conseguirlo.

Faltan solo dos exiguos minutos para su habitual hora de principiar la jornada, empero, el sonido del entrechocar de la cubertería producido por sus padres mientras el desayuno – que los sábados es familiar – le indica que puede adelantarse. Está muy nervioso, porque sabe que parte del éxito de sus ulteriores planes depende del desarrollo de lo que pase a continuación: debe conseguir dinero para sufragar el regalo idóneo, y ello puede que no sea fácil. Se incorpora de un salto artísticamente calculado y se dirige sin preámbulos al cuarto de baño, y solo diez minutos después ya ha conseguido acicalarse por entero. Al punto abre con su habitual delicadeza la puerta del baño, una subyugadora vaharada de olor a beicon invade sus aun aletargados sentidos, y su estómago ronronea quedamente en respuesta al inesperado acicate. Sintiéndose confiado en sus probabilidades de éxito, baja dando saltos por la escalera mientras se va apoyando con cuidado a la barandilla, y en un tris entra en la cocina, donde es aguardado por sus padres. Habiéndolo oído haciendo ruido en el baño del piso superior, no se han molestado en subir a despertarle, y cuando Adry prorrumpe en la estancia le esperan charlando sobre las noticias matutinas. El televisor, que hasta entonces parloteara de forma incansable, es apagado sin demora con el fin de facilitar la conversación, y al poco todos se hallan reunidos en derredor de la bien dispuesta mesa, que alberga múltiples y generosas viandas – desde fruta hasta el ya olfateado beicon –.

– ¡Buenos días por la mañana! – le saluda su madre con interés –.

– Buenos días – repone él con tranquilidad sin poder evitar que un sonoro bostezo se le escape –.

– Pareces algo cansado, ¿has dormido bien? – comenta su padre en



tanto comienza a dar buena cuenta de la comida que ya tenía servida ante sí –.

– Sí, como siempre – contesta Adry maquinalmente y ahogando un segundo bostezo que amenazaba con escapársele de forma inminente –.

– Ayer te esforzaste mucho con tus deberes – apunta su madre con una sonrisa –, ¿qué vas a hacer hoy? ¡Te vas a aburrir como una ostra gestando una perla, cariño!

– Pues de eso mismo te quería hablar... – dice él con tono vacilante pero consciente de que demorar más el asunto carece de sentido –. El próximo martes es el aniversario de María Sendra, y como me ha invitado personalmente a ir – matiza con una sonrisa bobalicona –, quisiera tomarme la molestia de comprarle un buen regalo...

– Entiendo... – masculla la interpelada, sabedora de que su hijo le pide dinero de forma velada, incapaz de valerse de una frase directa –. Veremos qué se puede hacer.

– ¿Dónde piensas ir a comprarlo? Porque si crees que te vamos a dejar coger el autobús para ir al centro comercial... – insinúa su padre –.

– Iré a «*Ca muralla*» – dice Adry con seguridad –.

– ¡Cómo guste! Yo tengo que ir a la ferretería sobre las once, ¿quieres que te acompañe?

– No, voy a ir solo – espeta él con sequedad pretendiendo entregarse en soledad a la actividad tan cuidadosamente planificada –.

– Perfecto, pues. ¿Cómo te va en la escuela?

Adry es plenamente consciente de que si su padre lo acompaña cabe la posibilidad de que pueda adquirir un regalo más caro – sobre todo teniendo en cuenta que él propende a consentirle sus caprichos –, pero no detenta

exponerse a nada que altere su privacidad a la hora de proceder. Desconoce qué es aquello que pretende regalarle a la cumpleañera, y necesita de tiempo para valorar sus opciones con extremado cuidado. El resto de la comida se invierte en hablar de los progresos escolares de la última semana, y él se los reporta con suma prolijidad obviando tan solo el truculento episodio desencadenado por Salvador. Sus padres se alegran sobremanera de los resultados académicos de su hijo – mucho más teniendo en cuenta que, pese a industriosos en sus sendas labores, son gente humilde y modesta –, y deciden con una rápida mirada que le darán un dinerillo extra. Acabada la comida y los condignos rituales intrínsecos a la misma – como sería que el pequeño de la casa ayude a retirar la cubertería y los platos de la mesa para dejarlos en el fregadero –, su madre le indica que la siga con un cabeceo, y él se limita a obedecer. Al punto ella rebusca en su monedero tras haberlo rescatado del bolso, y le entrega la cantidad de ocho euros. Pueden parecer muy pocos, pero incluyen la cantidad tácitamente estipulada para los regalos de aniversario, que es de cinco euros, más un extra de tres que se ha decidido a última hora. Antes bien, ninguno de ellos sospecha que su hijo guarda un pequeño secreto.

Contento con el devenir de los acontecimientos, que le han proporcionado el dinero del que dependía su plan, Adry sube corriendo las escaleras, y enseguida se halla cerrando en su habitación dispuesto a perpetrar sus inocentes trapacerías. Pega la oreja a la puerta lamentando no disponer de un vaso que aumente las resonancias – como vio hacer en una serie animada –, y cuando está seguro de que nadie ronda en derredor procede con rapidez. Coge la silla de su pequeño escritorio y la coloca delante del armario con el fin de subirse, y no bien se halla encaramado en la nueva posición estira a más no poder su brazo izquierdo con el fin de asir algo cuya existencia solo él conoce. Al principio, algo azarado, no consigue tantear nada, pero de inmediato encuentra lo que buscaba: nota el tacto de un hilo colgante, y tira de

él con fuerza calculada. Con agrado, nota el peso de aquello que pende del hilo, y, después de seguir tironeando con tiento, apuña aquello que con tanto cuidado amagaba. Dentro del sobre que ha recuperado tiene los pocos ahorros que ha ido acopiando, y tras contarlos y sumarlos a lo obtenido, se alegra de disponer de un total de quince euros. Cree que la cifra será más que suficiente para adquirir un buen presente y, persuadido de ello, ríe entre dientes para sí mismo.

Son tan solo las ocho y media de la mañana y, teniendo en cuenta que la tienda de juguetes no abre hasta las diez, le resta aun mucho rato para sopesar los diferentes regalos por los que puede optar en observancia del dinero reunido. Sabe, por lo que ha oído de soslayo mientras esperaba la apertura de las puertas del colegio, que a muchas chicas de su edad les gustan las muñecas, pero considera que su precio es demasiado caro. Y, del mismo modo, considera la posibilidad de regalarle algo de maquillaje; objeto de belleza que algunas madres han prohibido a sus hijas por considerarlas aun demasiado pequeñas para ello. Sin embargo, teniendo en cuenta que él nunca ha hecho uso del mismo y descartando por entero la posibilidad de consultarlo con su madre, también ignora esta segunda opción. Al final, habiendo considerado certeramente que la forma más inteligente de proceder radica en demorar la decisión hasta que pueda contemplar las opciones que se le ofrecen, insume el tiempo que aún le resta jugando a videojuegos.

Cuando aun falta un cuarto de hora para la apertura, teniendo en cuenta que justo ese es el tiempo que considera que tardará en desplazarse si anda tranquilo y sin excesivas prisas por llegar, decide que ya puede marcharse, y lo hace tras despedirse de sus padres con un sucinto «*Adiós, os quiero*». Lleva la llave de casa colgada al cuello de una cinta, a pesar de que la resguarda metiéndosela entre la camisa interior y la chaqueta que se ha embozado. Al salir a la calle, observa displicente que el cielo luce soliviantado, y que el Sol

resplandece opacado por una adensada maraña de nubes que amenazan con desatar su furia. Sospesa la posibilidad de volver a entrar a casa para agenciarse un paraguas, pero la desecha pensando que, no teniendo la necesidad de salir del pueblo, siempre podrá resguardarse del agua aprovechando los balcones y los salientes de los tejados. Ha resuelto que elegirá el regalo una vez que esté paseándose por los pasillos de «*Ca Muralla*» – nombre que le fue otorgado a la tienda puesto que en ella se conserva un fragmento de la muralla medieval que cercara el pueblo antaño –, y, por ende, trata de resistirse a seguir con la fatua tarea de valorar más opciones. Avanza con paso decidido callejeando a ritmo constante, y poco después de haber abandonado la seguridad de su hogar ya ha llegado hasta la plaza principal del pueblo, que a aquellas horas de la mañana luce prácticamente desértica. Una tiendecita que se abre justo al lado del ayuntamiento, que en aquel momento parece un edificio fantasmagórico y carente de vida, atrae toda su atención, pues parece prometerle lo que buscaba: una floristería.

*¿Y si se presentara a la fiesta cargando con un feraz ramo de flores?* Por unos segundos, aguijado por semejante visión, se quedó allí donde estaba trabado en el suelo cual inerte estafermo, y no pudo soslayar el impulso de valorar la situación. En su delirio, imaginó que entraría triunfantemente por la puerta de la casa de María con un enorme ramo de rosas rojas – como mandaba con claridad el recato – y ella, sorprendida ante un gesto de romanticismo tan desaforado, caería rendida entre sus hercúleos brazos mientras todos los invitados observan anonadados la emocional escena. Enseguida fue consciente de que su desbarrada imaginación había jugado en su contra y, tras zarandear con energía su cabeza a uno y a otro flanco, como si pretendiera eliminar sus tumultuosos pensamientos, reemprendió la marcha hacia su destino. Pasa por delante de la floristería, llegando a sentir la

embriagadora fragancia manada por la parte más artística de la naturaleza, y por un fugaz segundo la idea de adquirir un frondoso ramo brilla nuevamente en sus pensamientos; pero se apaga de inmediato. Consciente de que solo unas calles más le separan de su destino final, decide acelerar sus pasos, e invierte el poco tiempo que le resta pensando en la sobria tiendecita de juguetes. Ha estado muy pocas veces en ella ya que los precios de sus productos son bastante elevados, pero, no restándole ninguna otra opción, se resigna y hiende el trecho de camino que aun le faltaba.

Ya delante del sitio al que se dirigía, se detiene de súbito sin que nada en apariencia justifique semejante decisión y, espoleado por el temor de haber olvidado o perdido el dinero, siente la necesidad de recontar su tesoro. Atentadamente saca las monedas y las cuenta otra vez; comprueba que no le falta ninguna y, al fin, acaba prometiéndose a sí mismo que, de ser dable tras la compra, se guardará unas pocas para invitar a Ferrán y Quico a golosinas de forma compensatoria por sus recientes ausencias. Al abrir la puerta de cristal del establecimiento, sin que él se diera cuenta a priori de ello, hizo tañer una miríada de campanas que pendían hasta entonces silentemente sobre la misma, y la atención del dependiente recayó en el acto sobre él. Un hombre algo rollizo que frisaba la edad provecta y que lucía un rostro lampiño en el que destacaban eminentemente unas cejas canas y pobladas le preguntó si podía ayudarle en algo, mas él, cuya única pretensión era la de vagabundear *ad libitum* por los corredores en busca de lo que buscaba, repuso con sumo comedimiento que no. Dicho esto, el amable tendero le invitó a pasar con un gallardo gesto con su mano derecha, y Adry, queriendo ser ordenado y metódico en su proceder, se internó en el último de los pasillos dispuesto a recorrerlos todos y cada uno. Hace lo que pretende, y al punto se sorprende a sí mismo al verse rodeado de un sinfín de cajas de *clips*, que son los juguetes favoritos de Ferrán. No pretende andarse con innecesarios circunloquios

porque tiene claro el objetivo que le ha llevado has allí, pero se detiene unos minutos a estudiar las cajas. Concluye que, sin lugar a dudas, un soldado medieval de negra panoplia que carga con una desaforada hacha de doble filo será el regalo idóneo para su mejor amigo. Toma una decisión en firme, y promete que si su economía le permite reunir los ocho euros que exige el precio, se lo comprará sin dudar.

Pasa la siguiente hora deambulando por los pasillos mientras observa detenidamente todas y cada una de las opciones que se le ofrecen – sin obviar ninguna y solo cribando en base al costo estipulado –, y al cabo de ese rato ha reducido sus opciones a tres: un osito de peluche de pelo suave, una hucha y un diario secreto con candado y llave. La primera sería la opción más tradicional, mas por ello carecería de originalidad, privándole de la grata sorpresa que pretendía dar. El segundo, a no dudar, era el más práctico, pero, a la sazón, el más aburrido. Y el tercero y último parecía la opción más adecuada, pero implicaba dilapidar hasta el último de sus céntimos. Viendo las tres opciones a la par, descartó la segunda al sospesar que era demasiado desaborida, y, con el fin de tomar la mejor decisión cogió los dos posibles regalos que le quedaban en sus sendos pasillos y los observó a la par con el fin de seleccionar uno. Estuvo dudando durante un buen rato, empero, tras descartar el atrevido hecho de adjuntar una rosa al osito, se decide por el diario pensando que es original y pragmático a la vez. En el último momento, a sabiendas de que la compra suponía la irrevocable evaporación de sus ahorros, vacila un poco, mas al fin se decide y acude a la caja.

El amable dependiente, que no ha dejado de vigilarlo subrepticamente durante su alongada estancia en la tienda, le recibe con una sonrisa, y le pregunta si quiere que se lo envuelva. Adry, con sinceridad, le responde que es un regalo para una fiesta de aniversario, pero que, en principio, no tiene dinero para costearse el papel de envolver. El hombre, mostrándose solícito y

creyendo en la veracidad de las palabras que escucha, accede a hacerlo de forma gratuita – al menos por esta vez –, y el agasajado se lo agradece. Al punto le ha pagado y recibe el cambio – que queda reducido a quince exiguos céntimos –, sale de la tienda amagando dentro de su chaqueta temeroso de cruzarse con María, aunque viva muy lejos de la zona céntrica del pueblo. Recorre las calles con el paso acelerado mirando furtivamente hacia todas las esquinas cual si hubiese cometido un crimen inaudito y, no mucho después, traspone con alivio la puerta de su casa. Se encuentra con su madre en el salón, quien, aun con su pijama, estuviera pasando una agradable mañana mientras paladeaba un libro de robinsonianas aventuras.

– Veo que has comprado algo para María – observa ella con una sonrisa entre dientes, sabedora, al menos en el fondo, de que Adry debe sentir algo por ella –.

– Sí, es un diario secreto – comenta en un tono donde orgullo y modestia se entremezclan con armonía –.

– ¿Cuánto te ha costado? – inquiera, pese a que ya aventura la respuesta para sí –.

– Me lo he gastado todo – responde sucintamente diciendo la verdad pero evitando orear el tema de sus ahorros secretos, que con tanto afán guarda para sí –.

– ¡Bien! Me lo imaginaba – alega la madre sonriendo –. Como últimamente te has estado portando muy bien, y puesto que te has gastado el dinero en otra persona, tu padre y yo hemos decidido que te daremos un pequeño extra para que te lo gastes en lo que quieras – dice mientras saca una chapa de dos euros del bolsillo del pantalón elástico que lleva –.

Adrián, que es una persona ahorrativa reticente a protagonizar innecesarios dispendios, zozobra al recibir un dinero que cree que no merece,

mas no queriendo develar su tapadera, tan tesoneramente ocultada, acepta lo que se le ofrece. Pasa el resto de la mañana encerrado en su cuarto jugando a videojuegos y, llegada la tarde, queda con sus amigos, que le reciben con agrado. Al final, como se prometiera a sí mismo, les invita a golosinas, y ellos parecen olvidar de forma abrupta sus recientes ausencias.



**E**l fin de semana se desvanece enseguida, y antes de que Adry se aperciba de ello el despertador suena servicial indicando el principio de una nueva semana. El primer pensamiento que le asalta es el de la inminencia del esperado aniversario, que no deja de conceptuar como la oportunidad impostergable de subir de *status social*. Incluso antes de incorporarse de la cama, cuando aún permanece en un estado de duermevela en que el despertador resuena como un eco fantasmal, la posibilidad de que su costoso regalo haya desaparecido le asalta, y siente la necesidad de comprobar que todo sigue en su correspondiente sitio. Abandona la cama de un brinco en un estado rayano en la alarma, y enseguida comprueba que el presente tan cuidadosamente seleccionado sigue escondido, lejos de las miradas ajenas, en el cajón de los calcetines; justo en el fondo.

El inicio de la jornada se sucede con normalidad, y a su hora acostumbrada ya esta apostado junto a las puertas de metal del colegio a la espera de la apertura del centro mientras se afana en subrayar una lección de lengua. Está nervioso, no obstante, y su agitado estado interno se materializa en el inconsciente repiquetear de sus dedos contra el libro. No bien las personas más madrugadoras comienzan a llegar, Adry depara en que sus compañeros de clase, que no se molestan ni en saludarle a pesar de que se han apercebido de su presencia, solo hablan de la venidera fiesta de aniversario, y ello no consigue sino acrecentar sus temores. Sergio, que por algún motivo que desconoce ha llegado muy temprano, le observa de soslayo cual si fraguara males en contra de su persona, mas él sigue embaulado entre las páginas del

libro que ha seleccionado.

Las clases se suceden sin incidencias, y solo en el patio acaece algo que merece ser comentado. No queriendo acudir solo a la fiesta, hecho que le hace sentir solo y desamparado, trata de convencer con vehemencia a sus dos únicos amigos, pero ellos, persuadidos de que una tarde de videojuegos sobrepuja con creces a la de la prometida fiesta, solo se afianzan aun más en su terca posición. Él insiste en que lo hagan como un favor personal, e incluso se aventura a comentarles de forma velada las cuestiones relativas al regalo que tan esmeradamente ha seleccionado, mas ellos, por segunda vez, asegundan su inamovible postura. Lejos de permanecer callados ante su insistencia, como contraparte, tratan de convencerlo a él de que se una a sus planes, e intentan mejorar su oferta agregando la posibilidad de visionar una película de acción. Adry, sin embargo, no se deja convencer, y acaba insistiendo en que acudirá solo a la fiesta a pesar de que sus dos mejores amigos – dice otorgando a Quico un galón que hasta entonces le fuera negado – le dejen en la estacada. Ellos, viendo que su hermandad es puesta en duda, no pueden evitar la sensación de sentirse atacado, y aducen que es él quien los abandona para irse a una fiesta de aniversario a la que solo ha sido invitado «*por pena y/o – matizan – obligación*». Al final, la pequeña reyerta, cuyo tono fue en paulatino ascenso, queda en nada, pero Adrián lamente no haber conseguido aquello que se proponía.

\* \* \* \* \*

Llegado el martes por la mañana el nerviosismo general se dispara, aunque no son pocos los que alegan que, no habiendo sido invitados a priori,

como contrapartida, no piensan acudir ahora. La notoriedad del triunvirato que ostenta el máximo protagonismo de los acontecimientos se dispara, y no titubean a la hora de mostrarse altaneros a ese respecto. María luce espléndida, y sus dos adláteres zangolotean de acá para acullá cual si fueran ellos quienes dispensaran el derecho de relacionarse con la cumpleañera. Disfrutan sobremana de las atenciones que reciben, lo que deriva, a la sazón, en que su posición dentro del modesto ecosistema social de la clase quede más que afianzada. Hinchidos de vanidad, se jactan de que la fiesta será la mejor que se haya dado hasta la fecha y, teniendo la suerte de que sus bravuconadas logren embelesar a quienes se prestan a darles crédito, consiguen acrecentar ostensiblemente la ya de suyo elevada expectación. Adry no puede evitar contagiarse del ambiente reinante, que lo inficiona sin que llegue a apercibirse por entero de ello, y cada vez siente una confianza mayor en sus planes de antemano forjados. Las imágenes de una victoria social inminente le atenazan nuevamente, consiguiendo que sonría para sí mismo y elevándole hasta un estado extático que hasta entonces jamás había experimentado.

Las lecciones se siguen sin novedades, pero el nerviosismo que reina entre los alumnos es cada vez mayor. Los profesores al cargo de las clases del día son conscientes tanto de las causas como de las ineluctables consecuencias de semejante comportamiento y, sabedores de que el miércoles por la mañana todo habría vuelto a la normalidad, se limitan a entibiar los ánimos en la medida de lo posible. A última hora, que se corresponde con la clase de plástica, aquellos que anhelan acudir a la fiesta vespertina parecen más dados a cuchichear al respecto que a prestar atención al modesto cuadro con ceras que deben tener terminado en sus correspondientes libretas de trabajo para la semana próxima, y al final de la clase es poco lo que se ha avanzado.

Al punto suena el timbre la inmensa mayoría ya había recogido sus

cosas, y marchan hacia sus sendos hogares prometiendo a la protagonista de la jornada que se presentaran en su casa con incuestionable puntualidad. Adry, sin embargo, se toma su tiempo en recoger los aperos que han quedado casi aleatoriamente esparcidos por su pupitres y, antes de marchas, se detiene unos pocos minutos a hablar con sus amigos. Les promete que mañana por la tarde, aunque solo si no tienen muchos deberes, quedará con ellos para jugar a la videoconsola, y ellos celebran la propuesta y le recuerdan con amabilidad – y con una pequeña dosis de saña – que disfrutarán de videojuegos nuevos sin él. Se despiden comedidamente, como hacen siempre, y Adrián se marcha hacia su casa sin ser consciente de que, por el camino, le espera una gravosa sorpresa.

– ¡Amigo mío! – exclama Sergio, quien, junto a la ladina Joanna, le esperaba a la vuelta de la esquina --. ¿Vas a ir a la fiesta de esta tarde, verdad? – añade al ver que el interpelado no estaba en franquía de contestar --.

– María me invitó personalmente – repone con sequedad viendo su paso barrado por su acosador --.

– María te invitó porque su madre le ha obligado, y no porque quisiera – espeta Joanna dejando translucir en su tono de voz una generosa dosis de sadismo – ¿Por qué no te quedas en casa? – inquiera con violencia --.

– ¿Has escogido un buen regalo, verdad? – pregunta Sergio ante la ausencia de respuesta --.

– Eso solo nos incumbe a mí y a María – contesta sucintamente mientras inicia, sin que nadie pueda evitarlo, su presta retirada --.

– ¡No vengas, no eres bienvenido! – grita Joanna cuando él desaparece por la esquina.

El hostigamiento al que le someten sus inmisericordes compañeros no

consigue hacer mella en sus pretensiones de apersonarse a la fiesta y de intentar triunfar en ella, pero con su lenguaje enconoso logran amedrntalo en cierto grado. Justo después de comer, y pese a que la hora oficial de apertura de puertas es a las cinco, comienza a prepararse con sumo esmero y dedicación. Calcula su hora de salida y de llegada y, coligiendo que tardará quince minutos, decide que saldrá de casa a las cinco menos diez, llegando así a la fiesta pocos minutos después de que empiece. Descarta de forma diametral apersonarse en ella a en punto, porque eso le expondría a quedarse solo con aquellos dos a los que, en cierto modo, temía.

En seguida, haciendo alarde de prescindible melindre, extrae el regalo de su escondite y lo coloca con extremado cuidado sobre el almohada de su cama, cual si se tratara de un quebradizo objeto de cristal susceptible de desintegrarse por el mero hecho de asirlo. Acto continuo, toma la ropa – unos sencillos pantalones vaqueros y una camisa negra con un estampado del Plantea Tierra – que prepara el día anterior y se la pone en el acto, pasando tras ello a ocuparse con ahínco de su peinado. Obcecado en expoliar el mejor de entre los posibles resultados, se coloca ante el bruñido espejo del baño del piso de arriba – acaparándolo por entero – y comienza a repeinarse una y otra vez, obteniendo un tupé relamido. Descontento con los resultados logrados, hace y deshace su obra en múltiples ocasiones, y solo a la quinta consigue una apariencia que le deja sino satisfecho al menos sí conforme.

Ulteriormente, se asegura de que hace uso de la cantidad correcta de colonia – una asperjada en cada flanco del cuello y un par más en la muñeca izquierda, que frota con la derecha al igual que ha visto hacer a su padre –, y cree perpetrar su empresa con éxito. Minuciosamente, observa su quijada en busca de algún pelo atrevido que descuelle en ella y, pese a que no encuentra ni el menor rastro de irreverencia, se plantea la posibilidad de afeitarse – como también ha visto hacer a su padre –. Al final, descarta esta postrer

posibilidad, y, no teniendo ninguna otra cosa más que hacer, invierte el tiempo que resta hasta la hora que ha establecido como toque de queda repasando las lecciones de lengua sin lograr concentrarse del todo. Los últimos tres minutos antes del toque de queda los pasa observando ansiosamente el reloj, y solo las varillas de este marcan con precisión el momento convenido sale con decisión de casa.

No bien sale de casa, un Sol brillante aun reinaba sobre un cielo azul y despejado, y la posibilidad de que el calor le hiciera sudar, desbarajustando sin demora la catadura que tanto le había costado conseguir, le hizo vacilar unos segundos. Temeroso de ello, sospesa volverse a casa y cambiar su atavío, pero descarta la posibilidad al creer que ya no le resta tiempo alguno. Con la mano diestra afianza con seguridad el regalo con el que carga, y sin más entretenimientos inicia la marcha hacia casa de la cumpleañera cerciorándose de andar amparado por las vaporosas sombras proyectadas por las silentes casas. Al punto se aposta en la esquina de la calle del extrarradio en la que se alza la casa de María, sutilmente señalizada con dos globos de colores que se mecen con lentitud merced de un viento suave, se queda observando desde la lejanía con el fin de asegurarse de que no es el primero en llegar, y solo cuando ve desfilar a dos grupos de ellos se atreve a dar el siguiente paso. Se acerca al lugar de la fiesta con pasos trémulos y vacilantes, y comprueba con gusto como el volumen de la música seleccionada se incrementa insidiosamente hasta tornarse retumbante. Traspone la puerta de la casa, comprobando con fruición como un alacre jolgorio se ha adueñado de los aposentos de la planta inferior, y, tan luego como se interna en ella, topa de bruces con el primer problema: Sergio custodia con lealtad la mesa en la que los invitados dejan los regalos, y lo recibe con una sonrisa que aventura aciagas maldades.

– Veo que al final has venido – comenta con premeditada sorna –.

– ¿Dónde está María? – pregunta no queriendo dejar su regalo bajo la férula de aquel que solo alberga malas intenciones hacia su persona –.

– No lo sé – responde con parquedad –, pero puede dejar tu regalo aquí.

– Prefiero dárselo en persona, si no te importa.

– ¡Tranquilo, hombre! – exclama tras colegir los temores de Adry – No te lo voy a robar.

Por dicha, María, custodiada por varios compañeros y compañeras de clase, que le rodeaban cual iridiscente halo, aparece justo en ese momento a través de la puerta que da acceso al salón adjunto y, ante semejante oportunidad, Adry decide entregarle el regalo personalmente, tal que no quepa duda de que ha traído uno. Sergio, que no se da por vencido en sus alevos anhelos de socavar a que considera como a una suerte de enemigo, fragua una nueva maldad y, pese a que los regalos no van a abrirse sino en la intimidad una vez se dé término al aniversario, propone que se abra uno de ellos; si bien no especifica cuál. La cumpleañera sonrío ante tal posibilidad, y sus acompañantes parecen refrendarla puesto que sienten una curiosidad natural hacia el contenido de las cajas pulcramente ordenadas sobre la mesa que queda justo detrás del improvisado custodio. Adrián es consciente de que la villanía de aquel que tan gratuitamente la acosa detenta que su presente sea seleccionado con el fin de exponerle a la mofa general en el caso de que su elección sea desatinada. No obstante, confiado en que sus cavilaciones le han garantizado la forma más acendrada de proceder – al menos en observancia de las posibilidades que ante él se abrían –, decide hacer alarde de confianza y tomar la delantera. Esbozando la mejor de sus sonrisas, da un par de pasos hacia María y, ante la atónita mirada de no pocos, le entrega el paquetito envuelto con el que carga con el fin de que lo abra ante sus acólitos; si es que eso es aquello que le place. Como a todos les complugo semejante forma de proceder, nadie opone resistencia alguna a la oferta recibida y, haciendo



alarde de no poco melindre, la agasajada comienza a desenvolver el regalo cerciorándose de despegar el celo y de retirar el papel con sumo cuidado, como si pretendiera reutilizarlo después.

Este recatado modo de proceder no hace sino redoblar la expectación de aquellos que han decidido presenciar el improvisado espectáculo, pero al poco ha concluido la operación y, habiéndose descubierto el misterio, todos quedan a la espera de un veredicto. Cuando el enjuiciado levanta la cabeza y contempla las reacciones de soslayo, ve que algunos asienten con la cabeza en un gesto de aprobación – ¡*les gusta!* –, mientras que la mayoría, sencillamente, no se inmuta y probablemente esté en franquía de refrendar la postura María, independencia de lo que diga. Adry está nervioso en tanto se halla a la espera de una sentencia que teme que demarque el resto del decurso de sus relaciones sociales y, sin que ello llegue a transparentar en su ahora conturbada consciencia, sus manos comienzan a sudar con profusión. Ella sostiene el diario con entrambas manos y, henchida de natural curiosidad, abre y estudia lo que se ha ofrecido, esbozando una tímida sonrisa, al descubrir el candado y la llave, que a no dudar le proporcionarán mucha privacidad. Durante ese efímero instante de demora, la música de fondo deja de sonar, y un silencio sepulcral se enseñorea de cuanto le rodea; además, los rostros de las personas que les circundan, como desplazadas por una fuerza ignota, se difuminan hasta casi desaparecer. El aire se adensa y se torna pesado, y por mor de ello una notoria presión hace mella en su pecho. Todo acaece de forma alígera, y al poco de que ella se halle de esa guisa, se yergue y le ofrece su más honesta aprobación:

– ¡Está muy chulo! – apunta elevando su núbil tono de voz – Llevo mi diario en una libreta cualquier, y éste me ayudará a que nadie lo lea. ¡Muchas gracias! Y espero de todo corazón que te diviertas mucho en la fiesta.

Un marcado arrebol se adueña del níveo rostro de Adry, y ante el inesperado y prematuro éxito de sus planes siente una ligera pero agradable sensación de mareo. Con ínfulas de incuestionable ganador, le dirige una mirada a Sergio, mas este, encastrado en su acostumbrada altanería, que bajo ninguna circunstancia piensa abandonar, sencillamente se limita a dedicarle una sardónica sonrisa de soslayo, símbolo de su desaprobación, al estar convencido de que la victoria es pírrica. Él, empero, ignora el gesto de aquel tunante que, sin pretenderlo de forma voluntaria, ha catapultado un meteórico ascenso que parece preludiar otros tantos. Ignorando la realidad fenoménica, siente que ha conseguido dar un paso agigantado hacia la conquista del corazón de aquella a quien ama en secreto, y ello es algo que celebra silentemente en su interior. Alguien da un par de palmas para intentar animar un aplauso general, pero su intento queda en la nada ya que la inmensa mayoría de los asistentes ya se ha dispersado, y parece entretenerse en sus propios asuntos. Al final, todo parece volver a la normalidad como por ensalmo, y la cadenciosa y pegadiza música que resuena desde los grandes altavoces que se han apostado en la cocina se convierte en la dueña del ambiente. No le gusta bailar, si bien la energía que le ha proporcionado el inesperado hito le insta secretamente a ello, aunque al final logra oponerse a tan desnortado impulso, que a no dudar habría deflagrado su reciente conquista.

Sintiendo que su cuerpo ha crecido hasta alcanzar los tres metros merced de su gloria, entra en el espacioso salón, cuyas mesas han sido estratégicamente apartadas para dejar una suerte de pista de baile, donde se desarrolla la principal acción de la fiesta. Algunos, haciendo alarde de núbil timidez, bailan apartados de la zona central mientras se aferran con tesón a alguna vianda, y otros, que gozan de un carácter dicharachero y extravertido, lo hacen con movimientos exagerados y entre sonoras carcajadas, atrayendo así la divertida mirada de no pocos. Además, como comprueba en seguida al

levantar la vista y observar más allá de una amplia cristalera que se abre en uno de las paredes, muchas personas se han acomodado en el patio, en el que juegan a perseguirse o se limitan, simplemente, a charlas de forma animosa y tranquila sujetando un vaso de bebida. Queriendo integrarse en el devenir de los acontecimientos tan presto como le fuera posible, acude directamente a la larga mesa, cubierta por un blanco mantel desechable de color griseo, con la finalidad de afianzarse un pequeño bocadillo de atún – de entre las muchas variedades que allí se ofrecen – y una bebida. Pretende tomar un refresco de cola de una botella con la etiqueta roja cuya marca jamás ha oído, pero al punto observar como algunos de sus compañeros, divertidos ante la mera expectativa de resultados, preparan «cerveza» mezclando refrescos. La bebida obtenida, cuyo sabor – como podría refrendar cualquier persona adulta – dista mucho de ser el deseado, es una suerte de líquido parduzco de sabor incierto y dependiente de las proporciones de refrigerio utilizadas en la mezcla; mas a todos parece gustarles la idea. Adry, ganoso de formar parte de la improvisada francachela, se acerca melindrosamente al poco concurrido grupo, y, cuando obtiene la aquiescencia de Joan, quien se encargara de las mezclas so pretexto de ser el que las preparaba mejor, también se le sirve un vaso.

En un primer momento se ve tentado de permanecer con ellos, sin embargo, a sabiendas de que se limitarán a preparar bebidas a quienes se tomen la molestia de solicitárselas – e incluso a aquellos que no lo hagan por el mero afán de realizar sus mixturas –, decide marcharse al patio. Al abandonar la mesa, durante una fracción de segundo, se plantea la posibilidad de bailar junto a los que lo hacen en el las lindes de la pista, contoneando ligeramente sus caderas a uno y a otro lado sin cesar de charlar, pero su marcada introversión le impide hacerlo. Resuelve, detentando hallar a alguien que esté dispuesto a mantener una alacre conversa con él, aunque ésta pudiere versar sobre alguna banalidad por la que no sienta especial filia, traspone las

cristaleras del patio y observa los diferentes grupos allí formados en aras de seleccionar a uno. «*¿Habrá alguna persona a la que le gusten los videojuegos tanto como a nosotros?*», se pregunta; derivando ello en un genuino sentimiento de añoranza por Quico y Ferrán, cuya ausencia lamenta ahora con creces. Acto continuo, incapaz de llegar a una resolución plausible que le contente, se pasea con disimulo por entre los diferentes grupúsculos. Observa que hay ciertas personas que no conoce, y al punto colige que, a las claras, son amigos de la cumpleañera que pertenecen a círculos foráneos a la escuela. Cual si fuera un rayo de sacrosanta esperanza nacido desde una grieta de un cielo proceloso, constata que Víctor forma parte de una de las múltiples conversas que se desarrollan en paralelo y, sabedor del trato persona que éste le reserva, se acerca poco a poco hasta colocarse atentadamente en su vera izquierda. Al principio nadie parece advertir su queda presencia, mas cuando los ojos glaucos de su supuesto aliado su posan sobre los suyos, le es dedicada una amplia sonrisa y un mohín aprobatorio con la cabeza. Habiendo logrado, así, la venia de uno de los principales adalides del grupo, se integra con celeridad, y, pese a que a priori no se aventura a desellar sus rosáceos labios, escucha comedidamente.

Tras su inesperada incorporación, se sigue hablando sobre fútbol, pero al poco se descorcha el tema de las nuevas películas de superhéroes que en breve estarán en cartelera. Por dicha, tal es un tema hondamente conocido por Adry, a quien le gusta, junto con sus dos mejores amigos, leer cómics y disfrutar del consabido género de cine, tan en boga en nuestros días. No bien se realizan las primeras intervenciones, que son protagonizadas por una compañera de clase y por un chico al que veía por vez primera, se atreve a pronunciar unas pocas palabras, pero, cuando llega a ser consciente de que sus conocimientos sobre el tema son mucho más dilatados que sus contertulios, sus diálogos se prolongan de forma ostensible. Al poco, y sin que lo hubiese

pretendido de un modo propositivo, se haya ofreciendo una arenga en un tono casi didascálico en la que se evidencian las diferencias entre la versión gráfica y la cinematográfica de las aventuras de un reputado héroe de acción. Todos los concurrentes, tras apercebirse de sus nutridos conocimientos sobre el tema planteado, parecen escuchar con sincera fruición, y al acabar de exponer sus opiniones le son solicitadas muchas más. De forma externa Adry sigue manteniendo su impostura, pero su corazón late acelerado merced del cariz de los últimos acontecimientos: trataba de integrarse entre sus pares, y al parecer lo ha conseguido. A partir de ese punto, la charla se sigue desarrollando informal y acogedora aunque verse sobre otros asuntos, y él trata de hablar en la medida de lo que le es plausible. Pasado un buen rato, y tras haberse envasado dos generosas «cervezas», siente la impostergable llamada de la naturaleza, y pide excusas para acudir al baño, que se halla en la planta de arriba.

Al recorrer el trecho que lo separa del lugar al que se dirige, contempla veladamente la acción que se desarrolla en las diferentes estancias: el amplio patio, tamizado por un césped artificial que semeja a la perfección con el proporcionado por la naturaleza, está ocupado por incontable grupos de tertulia, la pista de baile, donde la música de los altavoces alcanza su volumen máximo, sigue siendo ocupada por aquellos que se atreven a moverse ante la mirada juiciosa del resto, en la cocina unas pocas personas se agrupan por acá y acullá, y en la entrada de la casa – el sitio más tranquilo de todos – unos pocos invitados, algo alejados del resto, hablan con asaz tranquilidad. Adry, que pasa por el flanco de estos último intentando no molestarles, asciende hasta la planta de arriba superando los escalones de dos en dos, y la situación que encuentra es hartamente diferente de la dejada atrás. El pasillo que conduce hasta el baño se halla sumido en una lúgubre penumbra tan solo iluminado por la escasa luz que se infiltra desde la planta de abajo, dejando que los cuadros

que penden de las paredes adquirieran un tono amenazante y fantasmagórico, y ello le hace hender el camino con cierto pavor. No bien llega al baño, empero, pulsa por de contado el interruptor que enciende las dos bombillas emplazadas en la parte superior de un espejo, y ello le hace tranquilizarse sobremanera. Hace años que no ha adolecido de su infantil temor a la oscuridad, que le llevó a dormir junto a una lamparita de noche durante incontables años, pero los espacios desconocidos y oscuros siguen arponeando sus debilidades más recónditas. Al punto acaba, traspone la puerta con el fin de volverse a reincorporar al grupo de Víctor tan luego como le sea posible, temeroso de la posibilidad de que la reunión se disuelva, pero hay algo que se lo impide.

Un murmullo de voces, que nace desde una habitación ubicada en la parte última del pasillo y que ahora queda claramente señalizada por una trémula línea de luz dorada que se infiltra entre el boquete dejado tras de sí por una puerta entornada, capta su atención, y una lanceolada curiosidad le aguija a explorar. Espoleado, a la par, por su comedimiento, protagoniza denodados esfuerzos por entorilar su indómita voluntad de escudriñar e inmiscuirse en los asuntos ajenos, mas al final un nuevo lance hace virar su opinión. La voz de de aquella que era por todos festejada, cuya presencia, habiendo estado entretenido con aquellos que habían decidido ampararlo en su calmosa conversa, no echó de menos en la fiesta hasta ese preciso momento, reverberó en las paredes del pasillo, y por entonces no pudo preterir sus impulsos por ser partícipe de lo que estaba ocurriendo. Avanzando con tiendo y procurando no hacer ruido, esto es, moviéndose a través del uso de sus habilidades felinas, que no eran escasas, se acercó con paso cimbreado hasta la abertura de la puerta y, asomándose con lentitud y viendo, por ende, como paulatinamente se le revelaba el interior del aposento, se limitó a observar. María estaba sentada en la parte baja de su cama, y junto a ella se alzaba una figura desconocida. Un chico musculado y gallardo, que hacía gala de una

barba azabache que comenzaba a despuntar y que circundaba una sonrisa blanca e inmaculada, estaba sentada junto a ella y, entre jocundos comentarios, que no pretendían sino galantearla con el fin de conquistar su cándido corazón, acercaba poco a poco su rostro. Lo que iba a pasar a continuación era inminente, pero Adry, con el rostro contraído en un rictus más de dolor que de tristeza, no estaba en franquía de contemplarlo.

Sin preocuparse por el posible ruido que pudiera llegar a producir, se lanzó escopetado hacia la puerta del baño y, no bien prorrumpió en la modesta estancia, tras hacerse cerciorado de cerrar el pasador que le protegería de las miradas intrusas, comienza a llorar con profusión. Grandes lágrimas, nacidas del punzante dolor al que era sometido su sentido corazón comenzaron a surcar su níveo rostro, que ahora lucía arrebolado por mor de la crispación. En un vano intento de recuperar el control sobre sí mismo, coloca sus palmas abiertas sobre sus ojos y ejerce una notoria presión, en un claro símbolo de continencia del planto. *«¿Por qué tuvo que gustarme ella, cuando siempre he sabido que era inalcanzable para mí? ¿Por qué he de ser siempre un chico tan iluso? ¿Por qué soy incapaz de ponerme objetivos realistas? Una chica como ella, bajo ninguna circunstancia, se habría enamorado de un chico como yo, aunque lleve tiempo convenciéndome de lo contrario. Ella pertenece, en realidad, a una esfera social que a mí me es imposible alcanzar; solo los mejores son parte de la misma, y yo no me incluyo entre los aludido. ¿Y ahora qué hago?»*. La posibilidad de marcharse resplandeció tentadoramente en su mente, pero creyéndose capaz de salvar la jornada si se integraba nuevamente en algún grupúsculo de personas que lo acepte, y por ello decide permanecer firme a la hora de acometer sus objetivos más realistas. Sus manos, sin embargo, comienzan a temblar espasmódicamente, mas enseguida todo acaba cuando unos nudillos chocan varias veces sobre la superficie de la puerta. Adry, creyendo que tendría que abrir en breve, se

enjuga las lágrimas con unos pañuelos que encuentra en uno de los muchos anaqueles – y que toma prestados –, si bien se equivocaba.

– ¿Hola? ¿Estás bien? – pregunta la voz de María – He oído bastante ruido, y he venido a ver qué pasa.

– ¡Sí! – grita él en respuesta – He venido corriendo puesto que alguno de los bocadillos debe de haberme sentido mal, o quizá ha sido la bebida que me han dado. Salgo en un minuto, disculpas.

– ¡Hola, Adry! – exclama tras reconocer la voz de aquel que se había encerrado en el baño – Estate ahí todo lo que necesites, y si te hace falta algo dímelo – comenta haciendo alarde de su capacidad para ser una excelente anfitriona –. Yo voy a despedirme de un amigo que se tiene que marchar, y después me quedaré dando vueltas por la fiesta. Hablamos entonces, e insisto en que me llames si necesitas algo.

– Muchas gracias, estoy bien. Bajo en un minuto – contesta él –.

– ¡Perfecto! – apunta María marchándose con el educado fin de dejarle espacio –.

A lo largo de la sucinta conversa, permanece con la espalda apoyada sobre la puerta, y sigue perpetrando desaforados esfuerzos por que su recientemente contenido llanto no se desboque por vez segunda. La noticia de que aquel que ha conquistado la romántica fortaleza que él también ostentaba se marcha para no volver le alegra con creces, pero el descontento nacido de la justificada traición no minora nada en absoluto. De inmediato, pega su oreja sobre la superficie de la puerta, y solo cuando oye el sordo retumbar de los tablones que tamizan de la escalera, se atreve a reaccionar. Se levanta de un brinco y se coloca ante el espejo en pro de acicalarse con rapidez, y, tras unos rápidos movimientos de las manos *ex abrupto* convertidas en su único utensilio disponible, se peina y adecuenta lo mejor que puede. Al atravesar la



puerta del baño, y pese a que la música opaca el resto de sonidos, oye como la puerta principal de la casa se cierra, y ello parece sosegarlo al apercibirse de que no tendrá que cruzarse con aquel que tanta animadversión le genera. Baja al piso inferior, pero lo hace para encontrarse de bruces con la génesis de un nuevo descabro maquinado y llevado a término por sus dos inicuos verdugos, que pretenden estragar la imagen de aquellos por lo que solo son capaces de sentir una veleidosa repulsa.

Joanna, que exhibía una sonrisa torcida, junto con Sergio, que no le iba en nada a la zaga, rodeaban junto a una nutrida concurrencia a la desafortunada María del Mar – conocida por todos, sencillamente, como «Mar» –, quien se limitara a observar en derredor de sí sin llega a elucidar aquello que se estaba gestando. Fue la primera quien, sin tomarse la menor de las molestias para disimular su torva expresión, que preconizaba sus aviesas intenciones, tendió a la asediada una pequeña caja de cartón esmeradamente envuelta en papel de regalo. La agasajada, al creer que se trataba de uno de los regalos de la cumpleaños extraído en secreto con el mero fin de que sea ella la que lo abra sin permiso, derivando ello en una caterva de posibles consecuencias, rechaza la oferta extendiendo afectadamente las manos ante sí. No obstante, María, puesta al corriente por sus adláteres de lo que iba a acaecer, entra en escena, y le indica amablemente que, no queriendo ser la única que tenga el honor de recibir regalos, ha acordado que también se le reservara uno a ella. Mar, no pudiendo evitar sentirse halagada ante la inesperada muestra de atención, sonríe garbosamente y recoge aquello que se le está ofreciendo. Adry, que no se pierde ripio de lo que sucede delante de sí, no sabe qué es lo que se está gestando, pero enseguida deduce, teniendo en cuenta la identidad de las manos ejecutoras, que no se trata de nada bueno. «¿Puedo hacer algo para que no se metan con ella?», piensa y, a pesar de que concluye de que puede advertirla de que con el regalo no pretenden sino mofarse de ella, calla mezquinamente

con el fin de no ganarse la inquina de los demás.

La infortunada, que de súbito se convirtiera en la principal atracción y divertimento, coge lo que se le ofrece con alegría, y aquellos que observan la truculenta escena, presumiendo la chanza no obstante de que no se hayan conchabado con los artífices de la misma, ya comienzan a reír entre dientes. En una fracción de segundo, se arranca el papel de regalo, y tan presto como la caja de una loción anti-piojos queda al descubierto la estruendosa salva de risas no se hace de esperar. Sergio y Joanna se carcajean mientras la señalan, y éste primero tiene la osadía de acercarse a la afrentada y de rodearle los hombros con su diestra, exhibiéndola ante la mirada de los demás. Muchos dan palmas sin dejar de mofarse, y otros tantos, en un gesto teatralmente exagerado, se contraen sobre ellos mismo en tanto se agarran las tripas, como si temieran que se les fueran a salir. Mar, viéndose ridiculizada y ninguneada sin que exista una razón para ello, comienza a llorar con profusión y, escapando de las leoninas zarpas de aquel que la había apresado, corre hacia la salida y abandona la estancia dando un portazo. Adry, en último término, depara en María, y solo entonces se apercibe de su fealdad: su rostro contraído queda afeado por la presencia de la maldad desatada, y lo que antes concibiera como la chica más atractiva de clase se le presenta ahora como el trasunto de todo lo malvado. No obstante, se resiste a esta fatídica visión, y cuando ella deja de carcajearse a costa de la inocencia ajena, parece recuperar lo que por un segundo le fuera denegado. Finalmente, concluido el espectáculo, cada invitado parece reincorporarse a su pretérita actividad como si no hubiese pasado nada, y un segundo después todo parece lucir como si Mar nunca hubiese cometido el error de presentarse por el mero hecho de ser invitada.

Ante la maquiavélica escena, y siendo consciente de que su estatus social no distaba en demasía de aquella que acababa de huir despavorida al no

ser capaz de resistir las inopinadas burlas, cree que ha llegado el momento idóneo para marcharse con discreción. Hace conato de irse, pero, creyendo que puede reincorporarse a la conversa abandonada – constata enseguida que Víctor, al que considera una persona íntegra, no ha participado en la burlesca escena –, se arrepiente y desfila con la cabeza gacha hacia el salón. Los altavoces, cuyo volumen no ha disminuido desde su llegada, comienzan a reverberar una canción de su agrado, mas no queriendo abandonar el bajo perfil de notoriedad del que disfruta, se resiste al impulso de mover rítmicamente, siquiera, las caderas. Sin pensar que su tapadera en el baño podría quedar descubierta por su indiscreción y falta de congruencia, se prepara él mismo una preciada «cerveza» a base de mixturar refrescos en su condigna proporción, y cargando con ella sale al patio en busca de los demás. Víctor y sus acompañantes están ahora sentados en una zona céntrica del patio, y, sin ser consciente del craso error que está cometiendo, se incorpora a ellos. Todos parecen acogerle con la máxima naturalidad, pero enseguida comienza una tormenta de la que no va a poder escapar.

María, acompañada de sus inseparables secuaces, entra en el jardincillo con una sonrisa batiente – que probablemente sea aun un eco de los comentarios jocundos que el episodio protagonizado por Mar haya podido elicitar – y cargando con una botella de refresco vacía caracterizada por su etiqueta roja. Los concurrentes, que respetan el protagonismo que ostenta la cumpleañera, deparan en su presencia, y no se privan de observarla con suma atención para aventurar sus pretensiones. Ella, ajena, al menos en apariencia, a aquellos que le rodean avanza hasta el grupo en el que ocupa la zona céntrica y, tras alcanzar su altura y haber captado la atención de quienes lo forman, propala el siguiente anuncio, que sorprende y agrada a no pocos: «*Vamos a jugar a la botella*»; pero lo dicho suena más como una orden que como una genuina oferta. Los interpelados se limitan a sentarse formando un gran círculo

que se conforma de un total de diez personas, y no pocos curiosos, espoleados por la movilización, se acercan con el afán de observar el desarrollo de juego. Adry, que ha perdido todo viso de esperanza de acabar encerrado en un armario con aquella a la que sigue amando secretamente, quiere abandonar el juego antes de que comience, pero la tácita presión social y la aquiescencia del grupo del que formaba parte en participar lo arrastras hacia su perdición de forma irremediable.

La botella, empujada sistemáticamente por Sergio, comienza a girar y a posarse de forma azarosa sobre los diferentes conformantes del círculo, que quedan obligados a besarse. La diversión comienza de un modo cándido e intachable, y los que son interpelados a besarse lo hacen sin problemas ofreciendo su mejilla. Adry, que no es nominado por la inconsciente botella, observa la escena de fruición, y participa de las inocentes risas que se siguen a los incómodos ósculos compartidos, a veces, contra voluntad. No obstante, dado que no pocos se consideraban mayores, María formula una orden categórica: «*Los besos han de ser en la boca*», y todos parecen estar de acuerdo con lo dicho. Los más reticentes a la tajante formulación intercambian una rápida mirada por el filo del ojo, aunque nadie parece en franquía de contradecir los deseos de aquella por cuyo honor se hallan reunidos. Adry nunca ha besado a una chica en los labios, y la mera expectativa de que ello acaezca bajo la escrutadora mirada de personas ajenas le conturba sobremanera hasta el extremo de crisparlo. Piensa en abandonar el círculo de inmediato, pero el miedo a las represalias y la consiguiente pérdida de *status*, que tantos esfuerzos le ha costado expoliar, se lo impide, y al fin permanece sentado. Cuando una chica bese a un chico o viceversa se produce una expectación casi tangible, que suele culminar en risas y aplausos, y no bien dos personas del mismo sexo quedan obligadas a besarse proceden con timidez y reparo. La botella, que sigue girando azarosamente, se posa sobre

Sergio, que la empuja, y tras el segundo empujón su tapón se orienta hacia Víctor. Algunos ya se ríen ante la inminencia de lo que va a acaecer, pero los protagonistas de la escena se dan un pico con tanta soltura y desparpajo, no mostrándose ni renuentes ni incómodos, que todos aplauden contentos.

El juego continua sin que se produzca percance alguno, mas, al fin, el tapón se acaba posando sobre aquella cuyo aniversario se celebra. Los invitados, que son conscientes de la importancia del hecho, contienen la respiración, y nuevas miradas de confianzas, ya de soslayo, ya directas y que incluyen un intercambio de sonrisas, se concatenan en una rápida sucesión. De entre los chicos que conforman el círculo no hay ninguno que no esté dispuesto a que le sea concedido el sumo honor de besarla, y el único que parece albergar ciertas reservas es Sergio a consecuencia de su cercana amistad. Los que observan la escena no se quedan a la zaga y, lejos de mantenerse al margen, con su actitud expectante contribuyen al acrecentamiento de la palpable tensión. Ante la atónita mirada de no pocos, que esperan con ansia el más notable de los resultados, se echa la suerte, y conforme se va ralentizado paulatinamente la velocidad de giro, son muchos los que contienen su último resuello.

De inmediato se produce la esperada nominación, y todas las miradas de los asistentes se dirigen a Adry por ser el agraciado. Él, incapaz de procesar lo que está acaeciendo en derredor de sí, ve como su primero beso se materializa ante sí, y su estómago se contrae al pensar que será María la que coseche esa rosa. Ella lo mira a él sin saber cuál será su siguiente paso, y él se limita a dirigir su rostro hacia el infinito, cual si su mente hubiese alcanzado otro plano de la existencia. No obstante, no todos los concurrentes están de acuerdo con lo dictaminado por el veleidoso e impredecible azar, y Joanna, ante el interregno nacido de la inacción de los involucrados, toma cartas en el asunto: «¡Oh, no! Le toca a él. ¡Corred!», grita a pleno pulmón. En principio

no se produce reacción alguna, pero cuando alguien, un rostro desconocido, obedece la orden la unidad se rompe y todos corren despavoridos por doquier, tratando de alejarse al máximo del sitio que ocuparan. Al fin, el que fuera el círculo solo queda compuesto por dos integrantes: Adry y la botella de roja etiqueta.

## **FINIS OPERIS**

Lloret & Sirerol

En Pego, a 21 de Junio de 2019